

Julían Martel ha sido un personaje complicado y misterioso; un verdadero artista: por consiguiente, un RARO. Aun me parece verle con su ancha frente serena como la de los iluminados; sus sonrisas escépticas y resignadas, y su presencia imponente, soberbia y simpática á la vez. Sí, en su persona había un algo de las imágenes bíblicas, una dulzura infinita y una plegaria de consuelo suspendida en sus labios temblorosos. En el rudo batallar de la existencia, la desgracia, más de una vez, le prodigó sus caricias frías y repulsivas; sus labios sellá-

ronse sin pronunciar una queja; en sus ojos flotó un velo de tristeza y en sus labios habo sonrisas de abnegación y amargura.

Su obra ha sido reducida. Solamente un libro ha publicado: *La Bolsa*. En sus páginas vívidas y profundas, mezcla de Zola y de Baurger, se revela un observador y un filósofo. «La Bolsa» es una obra maestra. El talento, para consagrarse en el gran templo del arte, no necesita, según la idea feliz de Enrique Gómez Carrillo, más de un libro. El ingenio no consiste en escribir mucho: el ingenio consiste en la primoriedad, en la selección y en el pulimento de la materia artística.

¡Qué hermana tan bella tendría «La Bolsa», si se reunieran en un tomo esas páginas dispersas que Julián Martel ha dejado en los diarios y revistas, como una constelada brillante que señala su marcha triunfal! — «El Reloj», «El anarquista», «Un vencido», «La Nena». El hombre propone y Dios dispone y cien más pequeñas *chefs d'œuvres*, serían los capítulos que formarían el volumen de ultra-tumba de su genio peregrino. Hace tiempo, varios amigos le rogamos nos publicara el libro de sus «hojas sueltas», como él solía llamarlas en sus momentos de tedio. Nos prometió hacerlo para principios de este año que termina: — Ese sería su aguinaldo, y el comienzo de una nueva era de trabajo y de combate. Sorprendióle el primero de enero sin haber encontrado editor; después vino la enfermedad; después la muerte... y el proyecto se deshizo como los palacios encantados que edifica en nuestra mente la caprichosa diosa Ilusión.

El autor de «La Bolsa» fué sin duda alguna el primer novelador de su época, en la América latina. Así lo han declarado sus rivales de diferentes *sectas* literarias. Los más desdeñosos no han podido ocultar su disgusto, mezcla de envidia y necedad, por el éxito alcanzado. Y un decadente ilustre y erudito, llegó un día á expresarle (á pesar de todo el egoísmo de su escuela), en un arranque inusitado de sinceridad, su admiración en estos términos: «V. ha realizado lo que yo no he podido realizar. V. tiene una obra *seria*; yo no la tengo aún!...»

¡Qué vida tan extraña la de Julián Martel! En medio de una sociedad burguesa y mercantil ha arrastrado la existencia de una alma extranjera! Despertar impulsado por la fuerza gigante de la idea; adormecerse arrullado por la lúgubre canción del desengaño, y despertar otra vez, y otra vez soñar... Vida de angustias y grandezas; con las miradas fijas en el cielo marchar salpicado por el lodo de la humana miseria; ocultar sus dolores con sonrisas tenebrosas, y luchar extenuado en medio de una atmósfera helada de indiferencia; y por fin, acariciando en transportes de júbilo la trama de obras colosales, hijas de un gran cerebro, sentirse sin fuerzas y encaminar sus pasos vacilantes al sepulcro.

París.—La bohème.—*Murger*.—La ciudad santa del arte; la tierra prometida de todos los artistas. Allí existe el compañerismo,

esa planta exótica que no germina en los reinos del dollar. — En instantes crueles de abatimiento se oyen palabras de consuelo; el *calvario* de la vida intelectual se dulcifica, se transforma, es un jardín; es un jardín donde muchos hermanos juntan flores hermosas y delicadas. ... *Lutecia* es una maga cuyas miradas fascinan. Á todo el que se atreve á contemplar su belleza fatal, lo esclaviza: ¡de esa manera castiga el atrevimiento de muchos adoradores, incautos y curiosos! *Julián Martel* se enamoró de su espléndida hermosura; y por ser uno de sus elegidos, la maga vino en sueños y besó sus párpados cerrados. Desde entonces sintió la nostalgia de su ausencia y el recuerdo im placable de su beso perfumado.

Una extraña simpatía, como un vaticinio impío, lo ligaba á Guy de Maupassant. Muchas veces repetía que el ilustre discípulo de Zola y el autor de *Tartarin* eran los mejores cuentistas de la Francia contemporánea; y él tenía pasión por el cuento. Además, el estilo del primero, de una naturalidad exquisita, le encantaba. Á menudo, durante las largas horas de su enfermedad, leíamos juntos algunos pasajes del delicioso relato *Sur mer*. Para mí Julián Martel, en la hora presente, tiene muchas afinidades con el joven escritor de sus simpatías: ambos han sido naturalistas delicados; ambos han muerto jóvenes, y ambos han llevado á la tumba una parte de la obra incompleta. El autor de «La Bolsa» es el Guy de Maupassant americano.

Julián Martel ha sido un *maestro* á pesar de su juventud. Relativamente éramos muchos los que oíamos sus consejos sabios y prudentes. Sus palabras tenían el doble mérito de la sinceridad y el buen deseo. Ha sido el mentor de los principiantes; el amigo de los jóvenes; el Mesías de los que atravesábamos el limbo de las iniciaciones literarias. El vacío que deja en nuestras filas es inmenso. Ha desaparecido en la edad de las esperanzas... Su recuerdo quedará grabado en nuestras mentes, vivo é intenso, como el recuerdo de las promesas no cumplidas...

Cubran su tumba lágrimas sinceras de amistad, humilde ofrenda que se tributa al hombre bueno; hojas de laurel, como símbolo de gloria, y una rama de olivo en señal de paz!

JULIO BAMBILL.

Buenos Aires.

A CATA

Yo no sé si las hadas
seméjase á ti,
pues se piensa al mirarte
ver una lucir.

Yo no sé si hay en ellas
contrastes de luz,
si con negras pestañas
son rubias cual tú.

Yo no sé si en las hadas
habrá como en ti

ojos verdes que saben
llorar y reír.

Ojos verdes que irradian
torrentes de luz,
yo no sé si las hadas
tendrán, como tú.

Yo no sé si esa gracia
que emana de ti,
si esa trenza que apenas
la puedes asir,

si ese cutis moreno,
si el reñampago azul
en que envuelves, mirando,
ellas tienen cual tú.
Yo no sé si hay en ellas
también, como en ti,
una boca pequeña
de dulce reír.

Yo no sé si ellas pintan
en telas de tul,
si inspiran las artistas
son ellas cual tú.

Y si encuentran los pobres
también, como en ti,
con el pan, los cuidados
que te hacen feliz.

Si dichosas cautivan
así como tú
al quitar de las penas
el negro capuz.

Yo no sé, y hasta dudo
que puedan reír
los celestes encantos
que Dios puso en ti.

ADELA CASTELL.

LA IDEA

Á Carlos Martínez Vigil.

Como manso arroyuelo de los bosques
Que humilde nace en la desierta playa
Y se transforma en anchuroso río
Que arrastra, cual un vértigo, las aguas,
Del misterioso seno donde extrae
Rayos de luz la inteligencia humana
Surge de pronto majestuosa idea
Batiendo con temor débiles alas.

Soldado poderoso del progreso,
Es nuevo combatiente en la batalla
Que libran los errores del pasado
Defendiendo, valientes, su oriflama,
Contra el robusto empuje de la ciencia
Que sin temor por el camino avanza
Al asalto de altísimas almenas
Donde el pasado, vigilante, aguarda.

Por momentos parece que el derecho
Va á detener su vencedora marcha,
Ante la fuerza bruta del tirano
Que el poder de los réprobos encarna,
Y que, vencido en el combate rudo,
Se oculta entre las sombras cual fantasma,

Dejando que en el campo de la lucha
Festeje su victoria la ignorancia.

Como inúmeros astros se oscurecen
Cuando domina la invernal borrasca,
Y en la tierra, que duerna, helado viento
Todo con furia destructora arrasa,
Pero así que se calma la tormenta,
Y despiertan las auras de bananza,
Brilla sonriente la tranquila luna
Esparciendo, más suave, su luz blanca,

Así son los eclipses de la idea
Cuando la fuerza á la verdad maltrata,
Queriendo hacer que la conciencia libre
Se convierta también en una esclava;
Porque tras los desmanes de la fuerza
Se vislumbran celestes alboradas,
Anunciando al pasado tenebroso
La derrota final de la jornada.

Quando Jesús el reino de los justos
Profetizaba en épocas aciagas,
Enseñando á los hombres oprimidos
La absoluta igualdad de nuestras almas,
Pretendieron los Césares romanos
Abatir entre sangre sus palabras,
En los circos infames que de Roma
La triste decadencia proclamaban.

Pero Cristo triunfó. La cruz del mártir,
Que en el monte Calvario se destaca,
Hoy extiende sus brazos amorosos
Sobre el mundo que otrora la execrara;
Y los hombres creyentes se arrodillan
Á los pies de la imagen sacrosanta,
La cual une felices las naciones
En el lazo común de una plegaria.

Todos los pensadores que en sus éxtasis
Han engendrado ideas soberanas
Que envuelven el cadáver del pasado,
Del olvido en la fúnebre mortaja,
Han subido del Gólgota á la cumbre
Y han llevado en la mente veneranda
El estigma cruel con que las turbas
La noble frente de los genios marca.

Todas las hecatombes de la historia
Son luchas de la idea siempre en marcha,
Hasta que al fin de la horrorosa liza
Entre ondas negras el error naufraga,
Mientras el sol de la verdad triunfante
Su bello disco en el azul levanta,
Y desde lo alto de su regio solio
Fúlgida luz en la razón derrama.

JOSÉ SALGADO.

REVISTA LITERARIA

RESUMEN:—RECUERDOS DE LA TIERRA, por Martiniano Leguizamón; — RISA AMARGA, por Osvaldo Saavedra; — CROQUIS DE ITALIA, por Francisco Soto y Calvo; — SENSACIONES DE VIAJE, por M. Díaz Rodríguez; — CROMOS, por Abraham Z. López-Penha.

Mucho asunto es este, el que me ofrecen los libros que, desde distintos países, me han remitido sus respectivos autores para el poco espacio que dispongo en esta revista, y, lo que es peor, mucho, y de muy bueno tendré que dejar de decir viéndome

obligado, como lo estoy, á consagrarles en conjunto menos renglones de los que se merecen cada una de esas obras por separado.

Pero, ¿qué vamos á hacerle? No todo sale al paladar, y siempre, en la mejor de las ocasiones, resulta que, teniendo el cerebro repleto de gratísimas ideas, no acertamos á traducir la mitad de ellas. Yo, por ejemplo, tengo ahora frente á mi mesa de trabajo, en la estantería, toda una notable falange de libros que me han llegado del extranjero, de los cuales quisiera hablar á mis lectores porque me han sugerido ideas más ó menos originales y porque me han prestado fortísimas emociones. Ahí están *Tobi*, una novela del literato argentino Carlos M. Ocantos; *Bajo Relieves*, un bonito tomo de versos del parnasista Leopoldo Díaz; *Grandezas*, de Pedro G. Morante; *Las Campanas y Prosistas y Poetas de América Moderna*, de Pedro Pablo Figueroa; *La suprema voluptuosidad*, de Enrique Gómez Carrillo; el *Almanaque Sud-Americano*, de Casimiro Prieto, que es un verdadero álbum artístico y literario; *Estudios filológicos: la x antes de consonante*, de Fidelis P. del Solar; *Las noches del Panteón*, de Eduardo Blanco; *La Naturaleza*; *Constelaciones*, de J. Rivas Groot, —y todavía un gran montón de libros y folletos que fuera cansado enumerar. ¿Y cómo hablar de todos ellos, si de cada uno podría decir muchísimas cosas, toda vez que esas novelas, poemas y estudios literarios ó filológicos representan algo más que un sencillo esfuerzo por parte de sus autores, un trabajo arduo y meritorio, cuando no verdaderos esmaltes y camafleos de subidísimo valor artístico? ¿Cómo resignarse á trazar en breves líneas, en apurados conceptos y abreviados juicios, las muchas y muy buenas ideas que cada uno de los volúmenes sugieren, si no escapa á nuestra conciencia que hacerlo es cometer una verdadera herejía literaria? Queden, pues, para mejor oportunidad que, seguramente, ha de presentarse algún día, y entonces indemnizaremos con creces á los autores que hoy, por fuerza, tenemos que pasar en silencio; y, entretanto, vamos á ocuparnos de los que hemos enumerado en el resumen de esta revista.

El libro del doctor Martiniano Leguizamón es un libro esencialmente americano. En él encontramos, más que en cualquier otro de su género, ese sello indeleble del sentimiento de la naturaleza que sólo han logrado estampar en sus obras los más preclaros talentos de América. Y aquí está todo el mérito de *Recuerdos de la tierra*. Su autor no se ha revelado, en los diversos bocetos que componen el libro, un simple copista de su tierra, más ó menos feliz; no se nos ha mostrado como un observador vulgar, de esos que escriben con frases hechas y nos retratan un tipo según un molde prestablecido. Martiniano Leguizamón es algo más que un cincelador de bustos camperos, es algo más que un pintor de la tierra de Entre-Ríos, es algo más todavía que un cuentista donoso ó que un historiador divertido y al que se lee por la gracia y soltura de su estilo: en él encontramos al

verdadero temperamento artístico,—al poeta que siente la naturaleza y sabe hacérsela sentir á nosotros, los lectores. Su fino y delicado espíritu, observador y á par vibrante, que rueda silenciosamente á través de las páginas del libro, refléjanos, á la manera de un bien bruñido espejo, las encontradas emociones que le han sacudido, —por manera que sus paisajes adquieren inusitada vida, reverberando sus propios colores, exhalando hasta sus mismos perfumes de trébol y de tomillo, y sus hombres se alzan del cuadro para acercarse á hablarnos con su misma voz, con sus propios ademanes, con todos los detalles que les presta la misma realidad. Y este mágico efecto de hacer vivir la naturaleza y sus hombres no es logrado, como queda dicho y queremos repetir ahora, por un estilo brillante y evocador, pues que el estilo del doctor Leguizamón no tiene tales cualidades ni es cuidado, á veces, ni pretende ser poético; sino por el sentimiento de la realidad que diríase está infiltrado en el sér del escritor.

Quando veíamos representar el drama *Calandria* ya esta misma idea nos retozaba en la cabeza y sentíamos, sin alabanza, que quien tales cuadros diseñaba, quien tales hombres hacía moverse y hablar, tenía forzosamente que haber no sólo visto, sino amado aquellos cuadros. Y si en el drama de Leguizamón vive y palpita la vida de la realidad al extremo de que el espectador, sin esfuerzo alguno por su parte, se olvida del convencionalismo que entraña el teatro, ¿qué no sucederá en este libro *Recuerdos de la tierra*, donde la misma composición de la obra facilita la tarea del escritor!

Una impresión, puramente personal, facilitará acaso á los lectores la comprensión de todo el alcance de mi pensamiento. Los que hemos vivido algún tiempo en el campo,—y entiendo decir, no aquellos que pasan en él tres ó cuatro meses por vía de recreo ó para mejorar su salud, sino los que viven en él compenetrándose su vida, sus usos, costumbres, etc., —sabemos cuál es la más alta y saliente impresión que nos deja en el espíritu por largo tiempo, tal vez para toda la vida, esa vida campesina: es una impresión de dulcísima tristeza originada por cien causas distintas. La soledad inmensa de los campos, la calma infinita preñada de alegrías infantiles que derrama el amanecer, las abrasadoras y enervantes horas de la siesta, la poética tristeza y suave melancolía del anochecer, los usos tranquilos y sencillos de la vida campera, sus goces serenos y casi paradisíacos y sus penas suaves é inenarrables, la voz, los gestos, los ademanes perezosos, acompasados, de sus hombres y mujeres, y, sobre todo eso, el vago sentimiento de las fuerzas y grandezas de la Naturaleza que, en el espíritu cultivado, se manifiesta á cada paso en los detalles más pueriles,—en el arroyo que surca la pradera, en los árboles centenarios quemados por largos soles, en los cantos de los chajales y calandrias, en las noches oscuras iluminadas por la Cruz del Sur, en la ignorancia y supersticiones del gaúcho, en las cuevas de las nutrias, —doble-gándolo y mostrándole su propia pequeñez;

todo esto se une y compenetra para llenar el corazón del hombre de erráticas nostalgias, de tristezas avasalladoras, de dulces melancolías que no sabe de dónde vienen, que no acierta a explicarse, pero que, tiranas y prepotentes, atenacean su cerebro, y anublan sus ojos con el velo transparente de las lágrimas, y encienden en sollozos su garganta como ante un dolor mudo é inexplicable.

Y este sentimiento de dulcísima é infinita tristeza es el que resbala al través de todas las odas de los poetas bucólicos griegos, de los vates pastoriles de los tiempos primitivos, y posteriormente, en las más sentidas y hermosas páginas de Fray Luis y Garcilaso. Estos son los verdaderos aedas de la naturaleza, los que nos hacen sentir, los que nos subyugan y conmueven; no esos otros vates que celebran la misa triunfal de la *magna mater* vestidos de sobrepellices deslumbrantes de oro y estolas cuajadas de pedrerías, con nubes rutilantes de incienso, cantando *hossanna* con todos los resplandores multicolores de una aurora refulgente;—y á pesar de ello, Virgilio como Garcilaso no han logrado alcanzar las notas sentidas y palpitantes de realidad que alcanzaron muchísimos poetas americanos. ¿Cómo explicarnos esto? Ya lo he dicho más arriba: aparte del sentimiento artístico, del que presta la cultura literaria y el estudio de las reglas retóricas, está el sentimiento de la naturaleza.

Y este sentimiento, fuerza es decirlo, jamás tomó más relieves y alientos de vida que en los escritores americanos. Los europeos que señalaron á éstos la más brillante senda de su arte, Chateaubriand entre otros, desvirtuaron la índole de dicho sentimiento encarnándolo el fuego de su propia inspiración; y es así como la naturaleza que vive en las Geórgicas, que palpita en las hermosas descripciones de Teócrito, que se estremece en las estrofas de Camoens y que irradia en las páginas de Atala, no es la naturaleza que todos conocemos, brava, pujante, viril, tan lujuriosa como selvática, tan desordenada como imponente, sino una naturaleza de ensueño, de fantasmagoría, llena de escintilaciones, de resplandores y coloridos, cuajada de atributos de fantasía y de oropeles, como un gigante derrumbe de colores en la paleta de un pintor que deslumbra la retina y enardece la imaginación, pero que nos deja quieto el sensorio, frío el corazón y el alma sin una cadencia, sin un recuerdo, sin un perfume. Pero leed la silva de Bello, los cantos de Echeverría, las páginas descriptivas del *Facundo* y del *Tempe argentino* y veréis como con menos arte, con menos derroches de colores, con menos fantasía se conquista á vuestro espíritu y se hace sentir á vuestro sensorio y se os llena el corazón de dulcísimos arrullos y de inusitadas melodías. Es que en las páginas de los artistas americanos está reflejada con sinceridad el alma de América; es que en el canto de Bello palpita toda la naturaleza de la zona tórrida, como en Sarmiento se estremece y levanta lleno de ardores la pampa solitaria; es que, en fin, en una estrofa de *La Cautiva*, en un acento del *Cielar* nosotros encon-

tramos estampado, como el rasgo del cincel en el granito imperecedero, aquella impresión sentida, real y genuinamente humana de que hablaba más arriba.

Martiniano Leguizamón ha paseado nuestro espíritu por los valles, llanuras y serranías de la tierra natal y ha sabido inculcar todos los sentimientos de su alma. Ante el poder evocador de su pluma privilegiada que no obedece á los locos ensueños de la fantasía, sino que moja, con la dadivosidad de un potentado, en ese sentimiento de la naturaleza que traté de explicar concisamente, surgen claros y precisos los cuadros de costumbres de « La minga », « Parando rodeo », « Juvenilia », « Junto al fogón » y « La Cojita », las tradiciones y recuerdos históricos, hijos del más elevado sentimiento patriótico de « La maroma cortada », « El chasque », « El Sargento Velázquez », y « Capturar... » y esos tipos criollos, perfilados con exactitud y colorido, de « El curandero » y « Mama Juana ». Pero si real y emocionante aparece el autor de *Recuerdos de la tierra* al bosquejar seres humanos y sus acciones, más emocionante y más real resulta cuando en breves y gráficas pinceladas reproduce las líneas y colores de la tierra y del cielo. No hay más que leer las páginas de « La creciente », « Junto al fogón » y « El hogar en ruinas » para convencerse acabadamente de lo dicho. Sobre el fondo de la tela que desmaya en las medias tintas crepusculares, ora con cabrillos de rayos de aurora, ora con opacidades de tonos vespertinos, se alzan rasgos viriles de seibos y espinillos, móviles sombras de pajonales, pesadas manchas de sauces y ombúes entre las cuales dibujan sus siluetas los caranchos, bandurrias y martinetas; y dijérase, también, que, conjuntamente con los cantos y bailes, las *huellas* y *gatos*, con que se animan los vastos campos y los solitarios ranchos, se oye entre las mudas páginas del libro el silbido de las *viudas*, el lamento trístísimo del *cacú* y los cantos armoniosos de las *calandrias*. Y siempre, al través de cualquier boceto, á lo largo de un episodio, al examinarse un tipo ó un paisaje, siempre flota en el espíritu una vaga impresión de infinita tristeza, una melancolía serena y continuada, un dulcísimo deseo de compenetrarse más y más con esa imponente naturaleza que nos ahoga...

¿Por qué será que no hay un buen libro, un libro verdaderamente artístico que no nos deje tristes?

De la vida plácida y tranquila de los campos de Entre-Ríos pasamos ahora á la vida agitada y febril de la ciudad de Buenos Aires; y de la narración sencilla y placentera á la sátira retozona y acerba. Son los dos polos de la vida; un admirable contraste que despierta numerosísimas ideas y nos hace sentir muy hondo y muy elevado.

Barón de Arriba, pseudónimo de Osvaldo Saavedra, se ha revelado para mí, que no conocía ningún trabajo suyo, como un escritor hecho y derecho,—lo que no es poco decir en estos tiempos de escritores zurdos, estevados y sin substancia gris en el

cerebro. Sus artículos satíricos y humorísticos tienen más miga de lo que muchos aparentarán creer, por lo mismo que fustiga vicios sociales é individuales con la altivez y desenfado de *Figaro*; y acaso algunos de ellos, los que parecen más triviales, ó por lo menos, fantaseos y caprichos del autor, « Un reportaje al mono Pancho », por ejemplo, llevan en sí una enseñanza muy digna de meditarse y unas ideas más dignas, todavía, de seguirse.

El mismo autor, no sé si por creencia ó por modestia, da menos importancia á su libro de la que realmente tiene, pues si en *Risa amarga* hay artículos humorísticos como « Caricaturas Políticas », « El hombre cosa », « El funcionario », « El arte de difamar », « Misia Virtudes » y algún otro del mismo corte, que pecan un tanto de vulgares, aunque no de escaso mérito, después de los similares de Luis Taboada, Dicenta; Fernández Bremón, etc., la verdad es que los hay originalísimos, vibrantes, revolucionarios y algunos de ellos con ideas, observaciones, ocurrencias y notas que revelan á la legua en su autor un espíritu fino y observador, un pensamiento altivo y moralista.

Todos los artículos de *Risa amarga*, al decir del mismo autor, desde el punto de vista del pensamiento y la labor que representan, « no son sino el reflejo del estado momentáneo en horas de ocio de un espíritu burlón y descreído á fuer de haber sido soñador, que se ríe con la risa amarga del desencanto al descubrir el falso brillo de las cosas que lo fascinaron »,... pero yo creo entrever algo más de lo que el mismo Osvaldo Saavedra descubre en sus trabajos de filosofía social y sátiras contra los vicios y costumbres de los hombres. Antójaseme que ese « estado momentáneo » que, por serlo, podría acarrear el dictado de « malhumor » no es así como así cosa tan baladí como para que no se reflexione sobre sus enseñanzas, porque no siempre dice verdades el espíritu cuando se recrea en el bienestar ó cuando se remonta, ebrio de idealidades, á las alturas, ni siempre comete errores é injusticias cuando baja á los antros tenebrosos de la conciencia humana y de sus mezquinas pasiones. Tal vez pudiera afirmarse, en general, que el hombre tiene por único maestro al genio del Dolor, y que el hada del Placer sólo le ha enseñado sus errores y delitos. El sufrimiento y el trabajo —que acaso sea una modalidad de aquél— ha dado virtudes y provechosas lecciones á los hombres; pero, como quiera que la receta censura, la lección *ex-cathedra* y las correcciones acompañadas con gestos y reprimendas de *domine* siempre han levantado resistencias y protestas en el castigado, muchos moralistas, que no quieren abandonar su vocación porque ven perderse indefectiblemente á la humanidad en el seno de los vicios y errores, pero que no se resignan á dejar sin una protesta ese orden de cosas, ó desorden, por decir mejor, recurren á la sátira cuya divisa es el conocido aforismo *castigat ridendo mores*.

No hay que decir, después de lo prenotado, que el que tal empresa acomete no es sencillamente un espíritu « burlón y descreído á fuer de haber sido soñador », pues

esa misma risa amarga que brota de entre sus labios contraídos por el dolor, nos le muestra, más que nunca, como un soñador, —un soñador del bien general, un sacerdote de la virtud y del deber, un apóstol de la regeneración social,—y como un espíritu serio y grave capaz de señalar las llagas y úlceras morales para extirparlas en seguida con mano sabia y firme.

Todo el prefacio del libro del señor Saavedra conteniendo, como contiene indudablemente, la única verdad de su pensamiento, antójasele modesto en demasía. *Risa amarga* es algo más que una recopilación de artículos: es un libro. Si es verdad que en alguno de los trabajos el moralista ha hecho de los individuos verdaderas caricaturas para fustigar más cumplidamente un vicio ó un error, no es menos cierto que en su libro hay tipos genéricos, tales como los que rozamos en calles y salones, é ideas graves, máximas profundas que están muy lejos de ser paradojas ó humoradas de escritor burlón y descreído.

Y lo que más me anima á ensalzar *Risa amarga* es que yo no encuentro á su autor verdaderos antecesores,—literariamente hablando.—Oswaldo Saavedra tiene su «manera» de ser enteramente peculiar; su lenguaje es propio como propia es su observación; no se parece á nadie, ni á Larra, ni á Mesonero Romanos, ni al Solitario (salvo en aquellos artículos mencionados más arriba y que son los menos originales y menos buenos de la colección); Oswaldo Saavedra es Oswaldo Saavedra, y nadie más. Yo he leído á numerosísimos escritores de costumbres, á los satíricos, á los humoristas, á los festivos, á los que hacen gala de *esprit*, como Gyp, por ejemplo; pero no he encontrado en ninguno de ellos ese modo de ser peculiar en el autor de *Risa amarga*. Su espíritu, su sátira, sus exageraciones, sus caricaturas, su inventiva no tienen nada que ver con las de Rabelais, Swift, Larra, Gozzi, Richter. Claro está que no pretendemos compararle con estos humoristas y críticos, ni que traemos estos nombres á colación para hacerle más grande; queremos únicamente decir que, sin ser él, Saavedra, un espíritu excepcional como los citados, ni aproximarse á ellos, tiene la originalidad propia que puede darle talla de escritor.

Y esta «manera literaria» de que vengo hablando, se funda, ó yo mucho me equivoco, en dos condiciones del propio espíritu del escritor: hay en él, ante todo, un analítico observador, que ya es bastante artista, y hay, además, un cerebro vigoroso, capaz de sobreponerse á las corrientes vulgares, de afrentar los usos preestablecidos, de discutir las arbitrarias é inmorales ideas sentadas como axiomas de moral. Yo no sé, ni pretendo averiguarlo, qué suma de conocimientos tiene el hombre,—como poco me importó investigar si era su autor favorito un *Figaro* ó un *Frontaura*;—pero lo que sí me sé muy bien es que en su libro *Risa amarga* el escritor ha sabido abordar verdaderos problemas de filosofía social y cuestiones éticas de capital trascendencia. Así como así, no es un simple cuentecito el titulado «Pepín», como no es un caprichoso fantaseo únicamente. «Un reportaje al mo-

no Pancho», como tienen algo más que *humour* ciertas consideraciones é ideas de «Lavida de un atorante», «Comiendo» y «Variaciones sobre el piego».

Y la verdad es que ahora, más que nunca, siento no disponer de mayor espacio para examinar según se lo merecen esos cinco artículos que acabo de mencionar, pues que ellos servirían para poner bien de manifiesto las cualidades que he señalado en Oswaldo Saavedra. Me resignaré de no hacerlo, recomendándoles á mis lectores su lectura.

Desde el punto de vista artístico, merecen particular mención los artículos «Un diálogo con Mr. Money», «Un solo de Mr. Money» —en los cuales el autor ha sabido hacer hablar el castellano á un inglés «rubio como una esterlina», como acaso ningún novelista de ley haya hecho hablar á sus personajes, teniendo en cuenta su condición,—y «Sueños y Realidades» que es un cuentecito de corte francés, bien concebido y mejor desarrollado, digno de llevar la firma de Catulle Mendés, por ejemplo.

Y vamos á otros libros, que el espacio apremia.

Dos libros de viajes. . . . *Croquis de Italia*, de Soto y Calvo, y *Sensaciones de viaje*, de Díaz Rodríguez,—ambos, con muy cortas diferencias, tratan el mismo asunto que el libro de Bourget. Son impresiones fugitivas, notas artísticas, narraciones á la acuarela, esbozos de impresiones ante la naturaleza, el cielo, los pueblos y ciudades, los hombres y las cosas de la península italiana. Ambos escritores, el argentino y el venezolano, han sentido la histórica península del Mediterráneo con alma de artistas,—alma febriciente y simpática, siempre pronta á vibrar como armonioso laúd ante las menores impresiones del mundo exterior,—alma que retrata las bellezas de la naturaleza con una fidelidad que no deslucir la belleza del alma que las siente, hermoseándolas.—Poco importa que el uno obedezca, al traducir sus impresiones, á un temperamento distinto al del otro, y que la una admiración sea más pindárica y más arrebatadora que la otra. La manifestación del entusiasmo no hace al caso, y si en Soto y Calvo vemos al ser feliz con la dicha de vivir, cruzando los anchos campos de Italia del brazo de su gentil compañera, un rayo de alegría en los ojos y un destello de esperanza en cada tarde que muere tras la cumbre de los empinados picos de las montañas, y en Díaz Rodríguez encontramos á un ser acaso menos expansivo, con un alma más predisuelta á la meditación, que se cierra melancólicamente ante la ausencia del sol ó de un compañero de viaje y que nos cuenta sus impresiones con un dejo de imposibilidad parnasiana, lo cierto y palpable es que ambos artistas, en su fuero interno, han sentido por igual todas y cada una de las bellezas de la tierra que recorrieron y que han sabido contárnosla con un arte y un amor de que seguramente se darán contados ejemplos.

Croquis de Italia es más decorativo, si vale la frase; hermosea más el asunto y

arrebatada más nuestra fantasía. Se ve claramente al artista de brillante imaginación que sabe dar á cada tema, á cada cuadro su coloración propia, con más los retoques lumínicos que irradia su pensamiento. Un reflejo de inmortal belleza inunda cada una de las páginas del libro, y ora adquiere claridades marmóreas ante el palacio de los Dux, ora se diluye en crepitaciones multicolores y callejeras ante el Carnaval de Roma.

Sensaciones de Viaje es más personal y más vivido: el alma de la naturaleza no sufre modificaciones al pasar por el alma del artista. Cada asunto, cada cuadro se levanta acabado, severo, sin retoques, sin enmiendas, con su propia belleza ó fealdad, sin que el observador le preste los mirajes de su fantasía. Y ante el Palacio Ducal, una limosna dada á un *cicerone* hace renacer ideas amarguísimas sobre el pauperismo que corroe las grandes capitales,—ideas pesimistas que, por otro lado, vierten su pálida luz al través de todo el libro.

Croquis de Italia es un cuadro encantador, un Edén prodigioso, un derrumbe de melodías ultraterrestres, de coloraciones mágicas, de perfumes delicados y sutiles. Vese en ese libro, ante todo, al poeta, al sensorio fino y vibrante, al corazón feliz y lleno de dulzuras, derramando á manos llenas todos los tesoros de su inspiración, todas las vibraciones de su alma;—*Sensaciones de Viaje* es un cuadro más exacto, pero no menos bello, y antes que nada, la Italia legendaria, la de Rómulo y Remo, la tierra conquistadora de las guerras púnicas, la señora del orbe bajo el cetro de los emperadores y reyes. Cada página nos revela al pensador, al que examina las bellezas al través de las realidades históricas, al alma llena de observaciones exactas. Pero, tanto en un libro como en otro hay la misma sinceridad, el mismo brío en las descripciones, el mismo sentimiento de la belleza de las cosas que se imponen al sensorio vibrante de ambos artistas. Por eso, en no pocas descripciones coinciden ambos escritores y ambos luchan y parecen superarse á sí mismos para parecer más líricos. Ved, en comprobación de lo dicho, las páginas que ambos consagran al Vesubio. «Rubira recuerda con entusiasmo»—escribe Díaz Rodríguez—los volcanes de su país y habla desdeñadamente del Vesubio dormido. El Vesubio duerme con la modorra del borracho que, tendido al desgaire, rezonga de cuando en cuando con la pipa en la boca. Pero también de cuando en cuando el sueño es interrumpido por vómitos de escorias, de piedras y cenizas. Entonces, la corriente de lava, corriente de rubies fundidos con destellos de plata y centelleos de esmeralda y oro, baja quemando los flancos del monstruo, consume sarmientos, árboles, villas, ciudades y llega muchas veces á turbar con su ola carmesí el misterio azul del Tirreno.» Y Soto y Calvo dice á su vez: «De tiempo en tiempo volvemos el cuerpo; y torcidos en el volantín que tiembla, quedamos extáticos ante el paisaje sublime. Nápoles, que despierta, comienzase á vestir de nubes sonrosadas. El mar, azul más que nunca, tiende el chal amarillento con caireles

nacarados de espuma sobre las rocas de la Riviera di Chiaja. El alto Pausilippo comienza á lucir el traje de verdura recamado de las cuentas de oro de sus *Villas*. Camaldules parece como que levanta en alas de la bruma el dorso de su convento desierto. La isla de Prósida semeja la concha de un crustáceo gigantesco; y la dulce Ischia levanta, cortando el cielo azul, sus montañuelas acarameladas, con los recortes de marfil de los palacios marmóreos. » Y más adelante, el escritor argentino nos narra esta observación de su compañera que corre parejas con la parecida del amigo del escritor venezolano: «... y María, volviéndose después de levantarse de tierra, donde ha descansado de la ascensión, hacia el cráter humeante, coronado por la inmensa columna de humo y que revuelve en la boca de su antro no sé qué manjares de piedras y lavas chispeantes, me pregunta: si realmente creo que vale la pena romperse los pies dejando, como ella ha hecho, la mitad de las suelas de sus botines en la lava betuminosa y caliente, asfixiarse con el humo y sentir los ojos irritados por los reflejos del sol, que ora ya choca contra las escamas del monte, para venir á ver esta sartén en que el demonio fríe piedras con una grasa asquerosa polvoreada con azufre. »

Sensaciones de Viaje y Croquis de Italia son dos libros subjetivos, que nos hacen sentir muy hondo, dándonos la impresión de aquellas ciudades visitadas por los dos distinguidos artistas. Y si el uno se recomienda por el vigor de su ejecución, el clasicismo de su estructura, la belleza marmórea de cada una de sus partes, el otro encierra ricos joyeles ornados de piedras preciosas, cuyas luces multicolores superan los más ardientes ensueños de la imaginación.

Pero, fuerza es concluir esta ya demasiado extensa revista. Hubiera deseado consagrar al libro de versos de Abraham Z. López-Penha detenida atención, que bien lo merece, pero véome forzado á sintetizar mi juicio. Me concretaré, pues, á reproducir aquí algunos párrafos de la carta enviada al poeta acusando el recibo de su libro.

... Es así que puedo participarle, escribale, que su libro *Cromos*, vaciado en el más perfecto molde de la moderna escuela decadente, me ha agradado sobremanera, reflejando, como él refleja, un « estado de alma » — que dicen ahora los críticos franceses — enteramente original y elevado, no exento de positivas bellezas y de ideas y sentimientos atrevidos y brillantes.

Hay en su libro páginas hermosas, bordadas caprichosamente como joyeles antiguos, inundadas con cambiantes de luz cual si las palabras fueran rubíes, topacios y esmeraldas; y hay también, y sobre todo eso, ideas propias y atrevidas, de esas que bastan para revelar al poeta y que nos hacen sentir muy hondo.

Veo que Vd., como la gran mayoría de los actuales escritores americanos, ha vuelto los ojos hacia la moderna Babilonia, al templo esplendoroso donde ofician Moreas,

Saint-Pol-Roux, Laforgue y Vielé Griffin y que hipnotizado por los sagrados misterios y los omnipotentes símbolos de « los ríos » y de « los exóticos », alza sus himnos de extrañas modulaciones y ritmos relampagueantes entre nubes azules de incienso y perfumes de mirra sagrada. Su estrofa es sonora, amplia, con reflejos é irasaciones de nácar y morbideces sensuales de *preraphaelista* ultra; su verso musical y vestido de deslumbrante púrpura salpicada con polvo de oro, deleita á par la vista y el oído, y aunque á veces un espíritu de crítico severo pudiera señalar algún defectillo de detalle — debido más á la escuela que al poeta — él no obsta á la armonía de su dicción y de su estilo.

La prosa de *Cromos* con haberme gustado mucho no me ha satisfecho tanto como la poesía: es Vd., en mi humilde opinión, más poeta que prosista. Con lo cual no quiero significar, por supuesto, que no haya en el libro que tan galantemente me ha remitido, trabajos en prosa de subido valor literario, como los rotulados « Psiquis » y « Nostalgia ». Pero, por buenos que ellos sean, jamás alcanzarán el mérito de las poesías « Simbólica », « Harmonía », « Noche », « Nupcial » y « Arabescos ». En cuanto á las estrofas tituladas « Fuga de los Centauros », bástame declararle que he sentido á Heredia.

VICTOR PÉREZ PETIT.

TARDE

Á Julio M. Sánchez, que vió esto conmigo.

Detuvimos los caballos donde concluía el camino de Melilla, un hermoso camino, alto y abierto, mansamente tendido sobre el verde y que prolongaba al Este su gran cinta arcillosa bordeada de tristes pitas.

Una tarde, serena como la calma de los cielos, descendía callada sobre el paisaje escondiendo penumbras misteriosas en las lejanías del ancho camino solitario que desaparecía á lo lejos, seguido siempre por las pitas silenciosas dormidas en la soledad.

En medio del silencio inmenso, tan inmenso que parecía profanado por el leve ruido metálico del freno, que de cuando en cuando mascaban mansamente los caballos, se pensaba con tierna melancolía en viajeros muy solos que marcharan lentos y tristes por aquel camino, perdidos y olvidados en la tierra, sigue que sigue al tranco hacia las penumbras misteriosas escondidas en las lejanías de la faja arcillosa bordeada de pitas.

Dimos un gran suspiro como para llevar al alma algo de aquella calma augusta del crepúsculo más bello y solemne que he visto en mi vida, y lentamente esparcimos la mirada en derredor, arrastrándola por el horizonte impenetrable, cual si quisiéramos precisar los términos fugaces de aquella gran meditación de la Naturaleza, formada por todas las melancolías de la tarde, que iba á desaparecer resignada, elevando al

cielo su silencioso himno de todos los días.

Largo rato estuvimos los dos sin hablar mirando siempre aquella muerte tranquila de un día hermoso, girando la cabeza con dormida lentitud para verlo todo bien, inmóviles sobre los caballos mansos y pacientes que, agachadas las cabezas, mascaban con pereza el freno haciéndolo sonar á hierro en el ambiente leve que parecía estremecerse al contacto de la fémil vibración metálica.

Arriba, un cielo sereno como el pensamiento de Dios, sereno como la tarde que cubría con su dosel blanco de una limpidez infinita, claro como una sola nota de luz vibrando aislada y pura en los espacios tibios, bendecía con su prístina claridad muriente la última hora del día, sólo tocado su cristal por un pálido filo de luna desgastado hasta la transparencia.

Á la izquierda murmuraba, lleno de crepuscular recogimiento, el arbolado de Colón, sombreado de misterios y soledades y vagas brumas, desde cuyos senos un lejísimo arrullar de aves pequeñas traía consigo el íntimo y tierno calor del nido oculto.

Al frente, un poco más abajo, la callada canción adormecía el verde de las pequeñas lomas tendidas lánguidas sobre la llanura, más grises cuanto más distantes, veladas apenas las últimas por brumas impalpables; y lejanos sembrados solitarios que marcaban grandes cuadros oscuros mordiendo el verde sombreado hacían pensar en el hombre que con paso lento debía retirarse á aquella hora caminando en silencio á través de los campos, cansado y sudoroso, hacia la casa pobre que humeaba lejos, marcada con un punto de luz mortecina la ventana abierta que mira la soledad; y otro camino bordeado de pitas con penumbras más acentuadas en los solitarios recodos, abandonado y triste, se perdía á lo lejos en dirección al Cerro, que levantaba al Sur su lomo gris, indiferente y pesado.

Todas las melancolías del crepúsculo flotaban en el espacio manso, cuando de pronto el tañido de la pequeña campana del « Colegio Pío » vino aleutando tranquilo, pasó suave como onda dormida y se perdió bogando en la distancia.

— *El Angelus*, dijimos á una, y nos descubrimos instintivamente, escuchando la campana que nos enviaba lentamente su triste tañido, viajero del espacio que venía hacia nosotros con suavidades de bendición.

Así, con la cabeza descubierta, ante la tarde augusta, apenas oreado el pelo por un aura imperceptible que nacía levisíma en la llanura ensombrecida, seguimos inmóviles oyendo la campana sagrada, sintiéndonos buenos, con el alma inundada por los recuerdos que enviaba aquel esquilón lejano; toda la visión dulce de la oración de los niños con las manos juntas y los ojos húmedos levantados al cielo amigo, llena de santa é inocente unión el alma blanca al murmurar con los rojos labios muy estirados hacia adelante la cándida plegaria que dicta la madre joven.

Todo esto en medio del recogimiento de la naturaleza cuando moría la tarde, nos apretaba la garganta con llanto sano, y

oleadas de ternura subían á los ojos mientras á lo lejos seguía estallando sin ruido el sonoro tañido, claro, claro como si golpeará el mazo en el cristal del cielo, y bogando tranquilo en el espacio perdíase olvidado en el misterio de las últimas brumas.

La sombra empezó á descender rápida sobre la tierra; se acentuaban las lúgubres penumbras del camino: en la llanura los sembrados parecían grandes fosos negros, y había lóbreguez en las lejanías.

Decidimos marchar; crugieron los arneses en un despertar lento; y, cubriéndonos, salimos al paso, agobiados, esparciendo todavía en derredor por última vez una mirada larga, hasta que un suspiro brusco y grande sacudió la melancolía y partimos al galope dejando muy atrás la campana infantil que enviaba al cielo oscurecido las últimas vibraciones del toque de oración.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.

NADA MÁS

EN UN ÁLBUM

Fué una explosión de luz: el arco iris
Dibujó su silueta sobre el cielo,
Y sobre el monte distendióse un velo,
Bordado de topacios y rubí.

Los rayos fulgurantes de un sol de oro
Cayeron sobre el mar dormido y quieto,
Y entre las ninfas se extendió el secreto,
Que había en la tierra una preciosa huri.

Que sobre el cáliz de una flor sin nombre
El excelso pintor de la natura,
De su paleta toda la frescura
Del color y el perfume derramó.

Y para distinguirla entre las flores,
Que forman de la vida el dulce encanto,
Entre las notas célicas de un canto
Leonardita Galeano la llamó

DORILA CASTELL DE OROZCO.

Montevideo, diciembre de 1896.

DE LÓPEZ-PENHA

SOLA!

Al distinguido escritor Víctor
Pérez Petit.

¡Paz y silencio!... Es la tarde...
En el nostálgico azul
Prende el véspero que arde
Una lágrima de luz.

Es la hora solitaria
Que le infunde al corazón
Languideces de plegaria,
Remordimientos de amor.

La de otros tiempos donosa,
Flor de esperanza gentil,
Está pálida, cual rosa
De un viejo y remoto abril;

Mas en el alma sincera
Guarda aún, como la flor,
Ardores de primavera,
Verberaciones de sol.

Viviente reminiscencia
De un bien que no volverá
Es su ignorada existencia
Fe, recuerdo, soledad.

Alma viuda y desierta
De toda humana ficción,
Ha mucho tiempo que, muerta,
Aguarda al enterrador!

Es la hora solitaria,
Cuando en el mado confin
Alza su última plegaria
La tarde que va á morir.

Ella, la flor primeriza,
Gala un tiempo del vergel,
Bajo esa luz enfermiza
Estremecerse se ve.

¿Qué extraña visión columbra,
Desde el desierto balcón,
En la creciente penumbra
Que se apaña en su redor?

¿Son las muertas esperanzas
Que idealizó la fé,
Juveniles lontananzas
Del inolvidable ayer?

Un instante... y pensativa,
De aquel antiguo salón,
Como visión fugitiva,
En la sombra se perdió...

Y del sonoro teclado
De terso y albo marfil,
Brotó el canto ya olvidado
De aquella tarde de abril

Bajo la trémula mano,
Con desfalleciente són,
Gimió el alma del piano
Un trémolo de dolor...

¡Ah la eterna, alada historia
Que sólo ha de revivir
En la efímera memoria
De un sueño sin porvenir!

Trémolo que en sí modula
Voz de extrahumana pasión,
Que en los ámbitos ondula
Como un reproche de amor.

Y las sugestivas notas
Parecen, en su gemir,
Aves que, las alas rotas,
Buscan en donde morir.

¡Voz lejana de otros días,
De otra ambición y placer!
Voz de las melancolías,
Que nunca ha de enmudecer!

¡Resurrección misteriosa
De una enterrada ilusión,
Que torna á abrirse cual rosa
En lo hondo del corazón!

¡Celeste refulgencia
De un ensueño virginal;
Sólo albor de una existencia,
Sola flor primaveral!

Mas ¡ay! la doliente mano,
Que con suave pulsación
Hice gemir el piano,
Tendrá al fin su galardón,

Y no más en el teclado
De terso y albo marfil
Brotará el acorde alado
De aquella tarde de abril...

¡Las efliciones secretas
Para las cuales no hay voz,
Pasan como las violetas
Bajo las plantas de Dios!

ABRAHAM Z. LÓPEZ-PENHA
Colombia, Barranquilla, 1896.

PRIMAVERAL

A Toribio Vidal Edo.

La reina de las flores, la primavera,
Su ropaje esnaltado doquiera tiende,
Y el beso voluptuoso de la hechicera
Los colgantes racimos fecunda y prende.

Ya los tordos trinando van en bandadas
Á cantar sus amores al bosque umbrío,
Se mecen las achiras en las cañadas
Y florecientes hojas arrastra el río.

Ya la luna plateada suave acaricia
La verde madre selva pródiga en flores,
Y en las ramas del ceibo llora la brisa
Su canción de suspiros y de rumores.

Ya se ven en el tiesto de mi ventana
Los penachos violados de las glicinas,
Donde al fulgor primero de la mañana
Trinan alegremente las golondrinas.

Bajo el palio sombrío de la enramada
El camoatí destila sus limpias mie'es,
Y el aura juguetona y enamorada
Se perfuma en el cáliz de los claveles.

El trébol, de verduras el campo alfombra,
Se escuchan armonías en los juncuales,
Y del sauzal espeso buscan la sombra
Las calandrias canoras y los zorzales.

En flor la manzanilla, brinda su aroma,
Y hay sudarios plateados en la laguna,
Que le teje amorosa desde que asoma
Con hilos impalpables de luz, la luna.

¡Oh! visión de mis sueños, gentil princesa,
Bálsamo á mis dolores, luz de mi vida!
Al esmaltar los campos naturaleza,
Se agiganta el cariño que en mí se anida.

Crece la llama ardiente de mis amores
Cuando tiene cantares el bosque umbrío,
Cuando exhalan perfumes todas las flores
Y en el juncal agreste murmura el río.

¡Estación de las dichas, reina encantada,
El sol que rompe el broto del limonero
Dejó sus brillanzas en la mirada
De unas pupilas pardas que mucho quiero!

GONZALO LARRIERA VARELA.

ENVIDIA

Palidece la tarde. Las hojas se agitan
con rumores de égloga, y la brisecilla juguetea
pasa y canta el misterio de las cosas.

Es á orillas del mar. El mar salobre tiene
claridad perla en sus aguas.

Juan se extasia frente á la grande onda
marina. Todo el inmenso mar en ese instante
es una inmensa onda.

José, el amigo de Juan, está más lejos, en
un segundo término, sentado sobre una roca gris.

Viene de lejos una barca pescadora. La
brisa hincha su vela blanca.

Las nubes velan á lo lejos sobre los horizontes.
Son cirrus.

Juan se acerca á su amigo.

—¿Qué haces?

—Mirar.

Pero José medita. Está triste. Él escribe
también. Canta los dones de la Naturaleza,
la onda perla y la noche del color del acero.

—¿Cómo, se interroga, si él quiere tanto
á Juan y es su amigo sincero, el otro busca
siempre la oportunidad de dañarlo ó de tenerlo
en menos ante los otros?

Pasa lista á sus recuerdos. Juan en tanto
se aleja.

El año pasado, recuerda, Juan no cumplió
su promesa de hablar de su novela; no escribió
siquiera dos líneas. Cierro que personalmente
se la había ponderado. Pero después... ¿no
había dicho de él que era un escritor «así
no más»?

—Y, sin embargo, prosigue José, yo le
corregí sus errores, le di título á su tomo de
versos, le dediqué un artículo al libro y otro
al autor; yo lo consideré en mi interior un
ente intelectual bueno y caballeresco.

Su lenguaje de miel le parece ahora como
la miel de las abejas de Oriente que liban
frente á mí, y en cuanto no me ve me destraza?

En eso, Juan llegaba.

—¿Qué piensas, José?

—Acabo de hacer una cuarteta.

—¡Magnífico! Dímelas.

—Deja que haga memoria. Es así:

Silencio de la tarde,

Eres como una mágica agonía...

Muere el Sol, y la noche, triste viuda,

Toda enlutada por el Sol suspiral

—¡Sublimes! Son sublimes, José, maravillosos,
yo te lo aseguro. Recítamelos otra vez. Mañana
los publicas con los que te faltan para presentar
el cuadro de la tarde, y yo les consagro un artículo.

En lo mejor de la recitación llega el señor
Morales, un señor flaco y alto, amigo de los dos
autores.

—¿De qué se trata, amigos míos?

Juan: — De nada... Ah, sí, de unos
versos de José. Acaba de dejar viuda á la
noche.... Figúrese usted....

Al otro día se publican los versos dedicados
á Juan, y por la noche, en un café, Juan se
ríe con una risa brutal, en medio de un grupo
de amigos, de los infelices versos de José y de la
tontería de los que le llaman joven de talento.

VÍCTOR ARREGUINE.

ODAS VOLUPTUOSAS

FUNÉREA

Soné que habías muerto y que en la tumba
Te encontrabas, cual lúbrica Julieta,
Esperando el «levantate» de un beso
Lleno de amor y de lujuria inmensa!
Y el cementerio parecíame entonces
Que era una madre silenciosa y buena,
Alimentando en sus marmóreos pechos
La vida de sus tristes alamedas,
Esas hijas oscuras que han brotado
De sus entrañas de fecunda tierra.
Y la luna brillaba en las alturas,
Cual blanca herida por un astro abierta,
Como ampolla de luz, como una antorcha
Que, agitada por ráfaga de nieblas,
Con enjambres de granos luminosos
Ha salpicado una región siniestra.
Y eran los cielos como el negro manto
Que arrastra esa deidad que llaman Guerra,
Como el manto estrellado por granadas
Con sangrientos aspectos de cometas!

Noctámbulo sensual, llegué á tu fosa
Y arrojé á un lado la sagrada piedra,
Y en sacrilego instante abrí la caja
Donde estabas, cual mustia primavera.

Mi ardiente juventud, como una llama,
Se enroscó en tu cintura de princesa,
Y en tu boca un efluvio afrodisiaco
Fluctuó, cual nuncio de una vida nueva;
Y una caricia de la blanca luna
Te dió una hermosa majestad de muerta,
Y se abrieron tus labios, cual se abre
Botón de grana que, al nacer, revienta!

En medio al claroscuro de la tumba,
Venus crepuscular, diosa-ternéza
Y fúnebre consorte de mi fiebre,
Al despertarte de la muerte, eras.

Con velos de perfumes voluptuosos
Cubrió el Deseo tu gentil belleza,
Y tu carne adorable palpitaba
Como una cuerda que, al pulsarse, tiembla;
Y era tanto tu ardor, que parecía
Que tu existencia alimentada fuera
Con lirios ultrajados por cantáridas
En una aurora de florales fiestas!

Mis besos libertinos, como estrofas
De esas canciones que el ambiente alegran,
Cual los temblores de un candente labio
Que en una frase de pasión se alejan,

Como esas notas que diciendo: Gloria!
Al cielo azul de las iglesias vuelan,
Palpitaban, ¡oh flor del sensualismo!
En la resurrección de tu existencia;
Y tus besos unidos á mis besos
Iban al cielo á celebrar la vuelta
De tu alma tropical, de tu alma ardiente,
Lasciva alondra de placer enferma!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

ARPEGIOS

MADRIGAL

Cual el rayo de luna que, surgiendo
Con pálido temblor
De entre las negras nubes de tormenta,
Se llega de fatiga ya muriendo
Á dormir en el cáliz de la flor,
Así en las horas de celeste calma,
Cuando me deja mi mortal hastío,
Baja radiante el pensamiento mío
Á dormirse en el fondo de tu alma.

RIMA

Cuando busco en la calma de la noche
el reposo del cuerpo,
siempre flota tu imagen adorada
en todos mis recuerdos,
y al cerrarse mis párpados cansados
tú quedas bajo de ellos
para vivir, mi niña idolatrada,
en todos mis ensueños.

EN UN ABANICO

Brillante mariposa que tus alas
Aleteando despliegas en su seno
Para ocultar sus portentosas galas,
Envidia de los ángeles del cielo,
Inclínate á sus labios de granada
Y, para no mancharlos con tu aliento,
Dale un beso de luz enamorada,
Ese beso inmortal de mis ensueños.

CADENCIA

Hay algo más que luz en tus miradas;
Hay algo más que amor en tus sonrisas;
Algo en tu sér de estrella brilladora
Que conmueve mi frente pensativa
Como un recuerdo,
Como una ondina,
Como el vago gemido de la tarde
Que aletea en las alas de la brisa.

NOTA

Hay en tus ojos, mi bien,
La luz pristina del alba,
Y orlan tu cándida sien
Con sus efluvios de edén
Los pensamientos de tu alma.

DESPUÉS DE MORIRME

Si en la alta noche, con callado paso
Un espectro, infundiéndote pavor,
Á ti se acerca y de sus huérfanas órbitas
Brota un destello de inmortal pasión,
No temas, mi adorada, que ese muerto
Que su tumba, por verte, abandonó
Sueña en la noche de su tumba helada
Con las glorias divinas de tu amor.

VÍCTOR PÉREZ PETIT.

¿A cuál de las dos?...

Absortas, la una apoyando su cabeza en una mano, y la otra con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, fijaban sus miradas distraídas en un punto del jardín, reconcentrado todo su ser en una idea, sin que las arrancaran de su recogimiento, moviéndolas a admiración, las flores que se destacaban en medio del follaje verde y lozano.

Las telas donde un momento antes tejieran bordados primorosos, yacían sobre sus faldas desprendidas inadvertidamente de sus manos.

Un mismo pensamiento, incomunicado, latía en su cerebro.

—¿A cuál de las dos cortejaría? ¿Sería a ella, sería a su hermana? — pensaba cada una para sí.

Entrecortados suspiros escapáronseles del pecho; y a unísono, movidas por secreto impulso, desviaron su vista del jardín, mirándose frente a frente.

Una de ellas era morena, de ojos y cabellos negros, de labios gruesos y sangrientos, de busto de matrona romana, de caderas anchas, cuyos movimientos voluptuosos estaban en consonancia con el sensualismo de la boca; y la otra era rubia, de ojos azules, de talle fino, de movimientos aristocráticos y de pie breve y fino.

Un instante permanecieron mirándose en los ojos, tratando de inquirir, de leer en ellos sus mutuos pensamientos. Mas ninguna de las dos dejó entrever lo que en su corazón pasaba. No obstante, transcurridos unos días, sus reservas fueron de todo punto ineficaces, pues que ambas penetráronse del secreto por esa ingénita intuición de la mujer que descubre lo que en el alma ajena pasa, en un detalle insignificante, en una puerilidad cualquiera. Las delataron sus coquetías, su empeño en parecer bien, acicalándose cuidadosamente, luciendo costosos trajes y ensayando sonrisas deliciosas y vaguedades en la mirada.

Reconociábase rivales, pero no se odiaban. Cada una confiaba en sus propias fuerzas.

Cogidas del brazo bajaron al jardín, aspirando con fruición el perfume delicado que exhalaban las flores; y avanzando por los enarenados pasadizos, fueron a detenerse junto a la verja. Era la hora en que él acostumbraba pasar por allí.

Él era un gallardo y apuesto joven, de rostro hermoso y varonil, de elevada estatura y de anchas espaldas que revelaban atlética fuerza. Su andar acompasado y su cuerpo erguido, denotaban un carácter firme; y sus ojos, de mirada dulce, un temperamento apasionado.

Hacia próximamente un mes, que a la misma hora y sin fallar un solo día, él se paseaba por la acera del jardín, llevando en sus labios una eterna sonrisa, franca y bondadosa, que transparentaba un espíritu expansivo, lúmpido de egoísmo. Al enfrentarse a ellas mirábalas sin temor, descubriendo en su rostro simpático la sinceridad de los sentimientos que lo animaban.

Pero ¿a cuál de ellas cortejaría? Lo cier-

to era que ninguna de las dos, hasta el presente, había notado inequívocamente ser la preferida. Mirábalas sin distinción, con el mismo solícito interés, con marcadas muestras de entusiasmo por su belleza, deleitándose, al parecer, en la idea de la felicidad soñada, en la imagen de las horas dulces que pasaría en su hogar con la que él eligiera por compañera de su vida.

¿Estaría enamorado de las dos? No; eso era un absurdo — pensaban ellas. Más aceptable era pensar que su proceder fuera una táctica empleada a efecto de despistarlas, estudiando detenidamente a la que debía escoger. La incógnita se despejaría de un momento a otro, y esa tarde, ambas pensaban que sería la vencida.

De pronto apareció él. Como siempre volvió a mirárlas, pero sin que distinguiera particularmente a ninguna de ellas.

Debían agradarle mucho las flores, pues que al contemplarlas, se le dilataban las fosas nasales como si sus colores y sus perfumes engendraran en él una especie de amoroso sensualismo, de voluptuosa sensación. Pareciendo no conformarse con la simple contemplación de las que cerca de él estaban, escudriñaba todos los rincones, hundiendo la vista en el follaje o extendiéndola hacia el fondo del jardín, sin duda alguna en busca de nuevas flores...

Ellas se sintieron descorazonadas.

—¿Se estaría burlando? ¿No las hallaría suficientemente hermosas? Oh! no; estaban seguras de lo contrario. Quizás las encontrara tontas... No habrían sabido sacar el necesario partido de su belleza... Si era por eso...

Entonces ensayaron un nuevo plan de conquista: los ojos de la morena despidieron una luz intensa, de culebra fasciadora, y sus labios pulposos y encendidos dejaron ver unos dientes blanquíssimos, mientras su mórbido y altubado seno se balanceaba muellemente; y la rubia, inclinó en actitud pensativa la cabeza, dando a sus ojos una expresión de adorable beatitud.

Pues nada, siempre lo mismo...

Así pasaban los días, viviendo en una indecisión desesperante, sintiendo flaquear sus fuerzas, agotados ya todos los recursos de su coquetería, dudando de su belleza y de la sinceridad del presunto cortejante.

Concluyeron por enamorarse seriamente; y, aun cuando ninguna confesara directamente su secreto, éste se descubría a cada instante en sus cavilaciones y en sus entrecortados suspiros. Trataban de estar separadas para meditar sin testigos, para que el pudor no las sonrojara. ¿Las dos hermanas amar a un mismo hombre!

Y era así que se sentían felices, cuando, por la noche, a solas en su dormitorio, podían entregarse libremente a sus ensueños, teniendo por confidentes a sus almohadas.

La morena, ardiente, soñaba caer entre los brazos de aquel mocetón fornido, y luego, desmayar en un beso apasionado, en un beso de fuego, en uno de esos besos que precipitan la marcha de la sangre en las venas y aceleran el ritmo del aliento; y la rubia, romántica, soñaba dormir — confiada como un niño a quien vela su padre — sobre el pecho de aquel coloso a quien haría

su esclavo, a quien vería a sus plantas adorándola!

..

Casi oculta por los frondosos árboles que la cercan, levántase en el fondo del jardín una glorieta, cuya puerta bordea las madre-selvas, formando cortinado. Es ese un paraíso delicioso, refugio de pájaros y de insectos, un pequeño edén perdido entre la exuberancia de la vegetación.

Allí, en las ardientes tardes de verano, pasan ellas las horas de la siesta.

Aquel día, como de costumbre, bajaron al jardín, dirigiéndose hacia la glorieta. Un aliento sofocante parecía desprenderse en bocanadas de la tierra. El sol reverberaba en el follaje, que despedía chispazos diamantinos. Y la atmósfera, caldeada, agobiaba con su peso.

De pronto llegaron a sus oídos voces y risas que partieron del interior de la glorieta, y luego percibieron algo así como el rumor de un beso, y el de otro, y el de otro...

Un momento se quedaron en suspenso, bajo los ardientes rayos del sol, mirándose interrogativamente.

¿Qué sería? Avanzaron con cautela, impulsadas por la curiosidad, tratando de no producir el menor ruido. Otro beso, y otro, y otro más, volvieron a rumorear en sus oídos. Llenas de resolución penetraron, en la glorieta y vieron...

—¡Dios santo! entonces no era a ellas; no era a ellas a quienes... ¡Cómo escudriñaba el infame todos los rincones, extendiendo su vista hasta el fondo del jardín, cuando se paseaba por la acera!... Y ellas, que creían que buscaba una flor... Sí, buscaba, buscaba a la mucama!... la misma que ahora languidecía de amor entre sus brazos, colmada de besos y caricias; buscaba a esa granujilla de rostro picaresco que levantaba aplausos a su paso, remedando los andares y hasta la misma voz de ellas...

Cogieronse las encantadoras hermanas de las manos, y en aquella mirada angustiosa que se dirigieron, se confesaron abiertamente su secreto, mientras en su corazón enroscábase cierta áspera vborilla....

FRANCISCO COSTA.

LYDIA

Rara tí.

Nació para el sufrimiento, para el martirio lento y penoso, que acaba siempre por amortiguar todas las energías morales y físicas. Su niñez se deslizó suave y tranquila, entre cantos de pájaros y perfumes de flores, entre caricias maternales y juegos infantiles. Todo le sonreía, todo llenaba de efluvios purísimos su hogar cariñoso.

Muy joven aún empezó a frecuentar la sociedad, a lucir triunfante su belleza, conquistando elogios y rindiendo voluntades. Educada para los salones, para el brillo, para el fausto, poseía todos los adornos que la vida vanidosa exige. Música consumada,

imprimía tal sentimiento al mágico instrumento, que entusiasmaba y admiraba cuando sus dedos blanquísimos y finos se deslizaban sobre el teclado y dejaban oír los acordes de una serenata de Beethoven ó de un nocturno de Mozart. Su voz se esparcía en cascadas de trinos más dulces y melodiosos que los del turpial, cuando entonaba un trozo de música sagrada ó simulaba un canto de amor y de esperanza. Felicísima cultora del arte que immortalizó á Murillo, daba vida, luz y movimiento á la burda tela y dejaba traslucir un destello de genio y un alma de artista. Estos atractivos, unidos á los encantos físicos que poseía, hacían de Lydia un precioso estuche de salón.

Sus padres se habían preocupado de desarrojar notablemente sus facultades intelectuales, descuidando las morales, que forman la piedra angular de la familia. Indiferente á todo lo que con el hogar se relacionaba, no sabía de ello lo más indispensable ni había podido valorar la felicidad y dulzura que encierra cuando reinan el amor y la paz. No pensaba más que en brillar, brillar siempre, y por el fausto y las pompas sacrificó los más sinceros sentimientos de su alma.

Tenía apenas quince años cuando su corazón, despertando de un letargo, se adormeció en otro dulcísimo, pues un amor dominó por completo, un amor que ella creía verdadero, intenso, eterno. Amó á un joven hermoso, de apuesto continente, de actitud altiva, de nobles y elevados ideales, que todas las noches bajo sus balcones, trovador incansable, entonaba endechas de pasión, único y valioso tesoro que podía ofrecerle. Pero en breve este grato ensueño se desvaneció con la facilidad de una espiral de humo, dejando tibias cenizas que jamás se disiparían.

¿Cómo podía haberse enamorado de quien no le proporcionaría el lujo y el fausto gastados desde la cuna? Tarde meditó en esta circunstancia, cuando ya era imposible desterrar de su alma el afecto nacido, afecto que sería origen de todas sus tristezas. No podía unirse á un hombre pobre. Ante este raciocinio, el corazón contenía sus latidos. Le era más conveniente unirse á un distinguido diplomático, hombre de unos cincuenta años, poseedor del título de conde y de una cuantiosa fortuna, que desde dos meses visitaba su casa y tenía para ella atenciones demasiado visibles. Una vez aceptada esta conclusión, se afanó por convertirla en realidad. Precisamente se anunciaba para aquellos días un baile en los suntuosos salones del doctor X que inauguraba así sus recibos de invierno, y en él podría Lydia dar cima al proyecto.

Concurrió regimiento ataviada con un vaporoso traje que semejava un girón de aurora con tintes nacarados. El conde empezó á dirigirle como siempre sus miradas afectuosas. Un momento después, mientras escuchaban un cadencioso boston, manifestóle sus impresiones amorosas y el deseo de ser aceptado por ella.

Seis meses después se efectuaban pomposas bodas, á las que concurría lo más granado de la sociedad.

En medio á los preparativos de acon-

tecimiento tal, Lydia no había olvidado un solo momento al noble Alberto, al hombre que le recordaba su primero y único amor; y más de una vez, lágrimas ardientes surcaron sus mejillas y corrieron silenciosas hasta perderse entre los pliegues del vestido. Llegó el momento de la ceremonia, y ante la imagen bendita de Cristo, delante del altar sagrado, pálida y trémula, juró fe y constancia al que ya era su esposo.

Los primeros meses de tal unión se sucedieron entre los cariños prodigados por él y la asistencia á brillantes *soirées* donde la bella Lydia lucía costosos trajes. Sin embargo, una mirada perspicaz hubiera encontrado algo misterioso en los recién casados. Parecía que una ráfaga de los polos había helado al nacer las expansiones dulces de sus corazones, abriendo un abismo inmenso entre los dos. El rostro de Lydia había tomado un tinte pálido, melancólico, propio de las almas que sufren silenciosas, que devoran su dolor mudas y frías, sin tener una queja ni un reproche. La faz severa del conde se había acentuado más; un ceño adusto surcaba su frente y una sonrisa rebosando escepticismo simulaban sus labios de tarde en tarde. ¡Recién empezaba á comprender que aquella mujer no tenía para él la más leve muestra de cariño!

Un cambio notabilísimo se operó en él poco después. Cumpliendo siempre con los deberes de su hogar, pasaba en él las horas más indispensables, buscando después en el juego por primera vez distracción y alivio para sus tristes meditaciones. La paz, la felicidad soñada habíase trocado en constante pena, en eterno dolor. Á su edad le eran necesarias las ternuras y delicias que iluminan el hogar donde reina unión de almas y unión de voluntades.

Este derrumbamiento de ilusiones tenía razón de ser. Imposible es reciprocidad de verdadero cariño entre la juventud que recién nace á la vida, el entusiasmo, la pasión, el delirio, y la senectud que toca los primeros peldaños de la vejez, que es puro raciocinio, seriedad, cálculo matemático. Es comparar las regiones del Ecuador, en cuyos bosques frondosos se anida el calor, la exuberancia, la poesía, con las polares regiones donde todo es frío, todo es mudo y todo es triste: es comparar la primavera rebosando perfumes y armonías, cantos é ilusiones, con el caduco invierno, adusto y severo, decrepito y achacoso.

Intenso, profundo era el sufrimiento de Lydia. El remordimiento llenaba su alma: la conciencia le acusaba de la desgracia de dos seres que la habían adorado y que por ella todo lo hubieran sacrificado. Entonces, más amante que nunca, sentía su corazón rebosando ternuras para el que ya no volvería á cruzarse en su camino. Un cambio notabilísimo habíase operado en su hermoso físico. Ya no era la belleza que esparcía irradiaciones luminosas; ya no era la musa que inspiraba cantares y alabanzas; el color pálido de su rostro acentuábase cada vez más; sus ojos estaban sombreados por dos círculos violáceos y sus mejillas habían perdido la carnosidad sonrosada, quedando en cambio los pómulos pronunciados y salientes; una tos seca la fatigaba continuamente,

tos que traía consigo partículas sanguinolentas. Cuando por descuido se miraba al espejo, se horrorizaba al contemplar su demacrada faz; pero no profería una queja, ni tenía una protesta.

¿Qué había sido del apuesto doncel á quien un día juró amor eterno? Al día siguiente de su enlace había partido para lejano pueblo que luchaba por su independencia con las armas en la mano. Iba en busca de la muerte, postrera esperanza para los que ya nada esperan ni desean. Si no la hallaba en medio al estruendo del combate, podría encontrarla en el clima mortífero de la isla. Sin embargo, año y medio había pasado ya, y todavía tenía latidos aquel corazón que no pudo callar y dominar su pasión.

Lydia tenía por único compañero de su tristeza el soberbio piano que sus padres le habían regalado; sus padres que, para mayor infortunio, ya no existían. Á él acudía cuando su pena era más profunda, y sus dedos pálidos y transparentes apenas se deslizaban sobre las teclas, mientras su voz, que parecía un sollozo, modulaba una plegaria, plegaria que era interrumpida por frecuentes accesos de tos.

Una tarde, fría y húmeda, llena de brumas y de melancolía, quiso que la llevaran al jardín que rodeaba su espléndido *chalet*. Se encontraba muy fatigada, y la impresión horrible que había recibido al saber la muerte del ausente, acortó la poca vida que le quedaba. El conde que, desde los primeros momentos de gravedad, había rodeado de cuidados, estaba á su lado, envejecido y triste, sintiendo amarga pena al ver extinguirse aquel sol que en otros tiempos iluminó sus días.

Las últimas claridades diurnas luchaban por conservar su dominio, cuando el alma de Lydia abandonó el cuerpo querido, que, envuelto en amplio batón blanco, semejava la imagen del dolor fría y severa.

Al cerrarse sus ojos para siempre, tuvieron por vez primera una mirada rebosante de gratitud eterna para aquel hombre noble, á quien había jurado amor, para proporcionarle en cambio la horrible decepción de no sentirse amado.

— ¡Madres que amáis á vuestras hijas! Si queréis contribuir á su felicidad, si queréis que sean más tarde buenas esposas, santas compañeras del hombre que las adora, educadlas en las dulces intimidades del hogar, enseñadles á pensar que el amor es la única sólida base del matrimonio; que si él no existe no pueden reinar jamás la paz ni la ventura; que es la mujer buena, abnegada y virtuosa la que hace al hombre feliz, la que lo impulsa á realizar empresas difíciles que nunca habían cruzado por su mente; la que lo impulsa á conquistar virtud, gloria y honores, y la que puede hacer de él un sér completamente feliz ó el más desdichado de la tierra.

Hacedles comprender que una mujer coqueta, amante del brillo y el fausto, no puede ser buena madre, si al tomar el nombre de esposa no olvida sus pasados triunfos para consagrarse solamente á su compañero y á su hogar.

Enseñadles á comprender la trascendencia del acto solemne del matrimonio, y habréis hecho un gran beneficio á la más fundamental de las instituciones sociales.

SARA JULIETA ARLAS.

ESTROFAS AMOROSAS

I

La influencia del amor es una llama
Que las fuerzas vitales nos subleva:

Por eso el hombre que ama,
Algo siente en el alma que lo eleva.

La influencia del amor es una llama
Que el calor de la sangre nos aumenta:

Por eso el hombre que ama
Siente la carne de placer sedienta!

II

Yo lo juzgo por mí, que cuando miro
Sus seductoras formas incitantes,
Febil y ansioso de pasión deliro!
Y ¿quienes ¡ay! de amor febricitantes
No arrojan un volcán en un suspiro
Al contemplar los senos palpitantes
De la mujer amada que los mira
Y hambrienta de placer también suspira?

Yo lo juzgo por mí, que en ese instante
Siento bullir mi sangre efervescente
Con el ansia de bestia que, anhelante,
Por aplacar la sed, mira la fuente!

PEDRO COSIO.

El aquelarre de las rosas

Florecieron las rosas en otoño,
en un otoño friolento y pálido,
pálido y friolento como el alma
en que formó su nido el Desengaño.

Florecieron las rosas:
fue una noche: era el Sábato del Espanto,
y los duendes y brujas recorrían
con sus coros diabólicos el campo;
y movían los árboles sus ramas,
parecían los árboles sonámbulos,
y todo en la pradera,
en la pradera triste era fantástico
al florecer las rosas en otoño,
en un otoño friolento y pálido....

La luna se veía y ¡oh misterio!
la luna se veía y con espasmos
se veía la luna y no alumbraba!
El cielo estaba triste y opacado,
pasaban en el cielo nubes grises,
y eran así las nubes como pájaros
enormes que buscaran á lo lejos
unos nidos ocultos é ignorados....

Fue la fiesta de noche,
y todo estaba negro y todo extraño,
y las brujas y duendes cabalgaban
de flores muertas en los secos tallos,
tallos que parecían en la sombra
esqueletos escuálidos,
esqueletos escuálidos de flores

de flores muertas por el frío ingrato!
Y las brujas y duendes sollozaban
en torno de un clavel marchito y lacio,
en torno de un clavel que parecía
la figura fantástica del diablo...

Y sucedió una noche,
y todo estaba negro y todo extraño
al florecer las rosas en otoño,
en un otoño friolento y pálido....

Y pasaban las horas lentamente,
y todo era en el campo
gemidos y sollozos,
gemidos y sollozos y quebranto;
y seguían las rosas floreciendo
en aquel aquelarre del Espanto,
en aquel aquelarre soñoliento
que infundía en los nervios el espasmo;
y seguían los árboles moviéndose
como tristes y lóbregos sonámbulos,
y seguía la luna allá en el cielo,
y seguía la luna no alumbrando,
y seguían los duendes y las brujas
histéricos corriendo por el campo,
de flores muertas sobre el tallo seco,
tallos que parecían en la sombra
esqueletos escuálidos,
y seguían las rosas floreciendo
en aquel aquelarre del Espanto,
y las rosas nacidas sollozaban,
y el llanto de las rosas era extraño,
y el llanto de las rosas era triste
como el alma en que anida el Desengaño!...

La luna poco á poco se ocultaba,
el día iba su gloria derramando;
poco á poco los ruidos,
los ecos de los ruidos se apagaron,
y allá por el Oriente
los ritmos de la aurora se escucharon.
Y se vieron las rosas. ¡Eran negras!
Eran negras las rosas que brotaron
en la noche del Sábato,
en la noche del Sábato del Espanto!

Eran negras las rosas,
las rosas eran negras, y sus tallos
eran negros también como la noche,
como la noche de un invierno helado;
y el marchito clavel también estaba
negro como el vampiro Desengaño,
el clavel que en el lúgubre aquelarre,
en aquel aquelarre hizo de Diabolo,
en aquel aquelarre en que las rosas
de noche florecieron en el campo,
de noche, y en la noche
de un triste otoño friolento y pálido!...

OCTAVIO ESPINOZA Y G.

Lima.

FAROLAS APAGADOS

A UN AMIGO

Canta para pescarte:
si con ella te casas, adiós arte.

A UNA HORIZONTAL

Me recuerdan sus labios sonrosados
las flores sin olor de los mercados.

HISTORIA DE MUCHAS

«Como de hambre me moría,
y ninguno me quería,
dime al primer comprador.
Tras de mucho padecer,
tarde he llegado á saber
que no es práctico el amor.»

PARA VENANCIO NICOLINI

Somos poetas! ¿Quién nos mete diente?
Sabemos el porqué de muchas cosas,
y nos envenenamos lentamente
café bebiendo y aspirando rosas.

A UN SUICIDA

Cuarenta años han pasado,
Y á los ochenta murió.
¡Estará ya enterrado
aun habiendo conservado
la vida que se arrancó!

ELECCIONES

No hay quien la muerte rehuya;
Á puñal dos se trenzaron,
Y muertos ahí quedaron....
¡Se salieron con la suya!

ÚLTIMAS PALABRAS DE UN GLOTÓN

Así exclamó al morir ahogado en llanto:
¿De qué me sirvió haber comido tanto,
si, quiera que no quiera,
esta carne altanera
la tierra abonará del camposanto?

TODO ES RELATIVO

Aprovechan murciélago y lechuza
para hacer sus nocturnas excursiones
la noche. ¿No es verdad, dignos ratones,
que hay luz hasta en la noche, luz difusa?

BAILARINA

La sala estaba como nunca llena,
vestida toda de vistosas galas.
Mirándote bailar, te vi, serena,
allá en tu camarín, colgar tus alas.

AL PASAR

El traje tiene que ver,
Y el corte vale un Perú.
¿Qué piensas de Rita, tú?
Vale el traje esa mujer.

INTIMA

Prefiero—alguien dirá que estoy demente;
no obstante lo aseguro—
un cartucho de yemas al presente
á una estatua de bronce en lo futuro.

DE UN LIBRO INÉDITO

Pasado el aire, como dormido;
á trechos, negra la oscuridad.
En el espacio descolorido,
tranquilamente teje su nido,
ave gigante, la tempestad.

En ese espacio, de la centella
hívda brota la claridad,
y en él se extingue sin dejar huella:

Contra ese muro mi amor se estrella;
no haya cabida mi inmensidad.

LÁZARO

una vez resucitado,
paseaba por su pueblo cierto día,
el asombro en su rostro retratado,
porque á ninguno ya reconocía.

ALFREDO ZUVIRÍA.
(IVES)

POR SEGUIR Á UNA MUCHACHA

Indudablemente don Nicanor era el hombre más pacato del mundo, y habíase unido en matrimonio con doña Sebastiana, la señora más fea entre todas las señoras conocidas y por conocer.

Era ésta de rostro chato y colorado, con unos ojos claros y saltones, sombreados por los montículos de sus cejas espesas y rubias; nariz de anchísimas fosas y levantada punta que le daba aspecto de besuguet; boca grande, de labios gruesos, saliente el inferior, sobre el cual parecía reposar su risa descomunal, descubriendo una dentadura amarillenta y trunca; debajo del labio inferior, á modo de mosquilla, un lunar con dos ó tres pelos largos y rojos, encanto y alegría de don Nicanor. Era éste de cabeza pequeña parecida á un cebollín, circundada por una rauda de cabellos grises y cerdosos; rostro de frente ancha, pómulos salientes y color amarillento, decorado con algunos rastros de barba y un bigote anémico. Tenía por ojos dos bolas de billar que dejaban escapar débiles fosforescencias bajo la enramada de sus cejas; nariz en forma de sable corbo; boca inmensa, de labios flacos y descoloridos que, al dilatarse por una risa enorme, mostraban unos cuantos dientes torcidos y el interior del esófago. Tales eran ambos esposos, de edad indescifrable y genio ridículo á más no poder.

Todos los días, al marcharse don Nicanor á la oficina, metido su delgado cuerpo en un levitín verde-botella, colgado en el brazo un viejísimo impermeable al menor síntoma de lluvia, calada hasta las orejas su chistera sin lustre, apoyándose en grueso bastón (antítesis de su dueño), sostenida, desde tiempo inveterado, un diálogo tiernísimo con la señora Sebastiana.

Ésta recomendábale, con vocecilla que parecía un maullido de gato:

—No tardes al regreso, Nicanorcito....

—No, pichoncita, respondía él: en cuanto salga derecho á casa.... Mira, tú no salgas á la puerta, porque una gente tan envidiosa como se ve hoy tendría que murmurar de nosotros....

Y partía alegre y dispuesto á la oficina. Y despachando sus asuntos, pensaba feliz en los encantos de su hogar arregladito por la hacendosa y pulcra señora Sebastiana; en la tostada con manteca para el chocolate; en la lectura, mientras se hacía la cena, de un novelón por entregas, ó diario gubernis-

ta, porque él, como buen empleado público, era adicto á su gobierno y no leía otro diario que el de éste. Luego la partida al dominó en el café vecino con don Rufo, compañero de tareas, mediante el consentimiento de sus *caras mitades*; el ratito de charla sobre la política actual, al tiempo de separarse los colegas, ratito que, á veces, se prolongaba más de lo regular, con gran sobresalto de sus respectivas esposas, que le hacían pagar su descuido con algunos cachetes y pellizcos; el madrugón del día siguiente si era domingo ó fiesta de guardar, para concurrir ambos esposos á las primeras misas, la vueltecita por la feria; en fin, pensando en todo esto, que se agrandaba en su imaginación con detalles encantadores, llegaba la hora de asueto, y don Nicanor, despidiéndose del jefe y compañeros, se marchaba ligerito hacia su casa.

Y hacía más de veinte años que don Nicanor llevaba esta vida igual, día á día, sin alterar lo más mínimo el orden de las cosas.

Pero lo que no sucedió en los veinte años, sucedió una noche.

Habían sonado ya las nueve, las diez, las once y don Nicanor no parecía por su hogar. Los vecinos escandalizados casi hubieron de escandalizar el barrio ante aquella informalidad de don Nicanor.

Reunidos en el patio, alrededor de doña Sebastiana, cambiaban opiniones.

—Seguramente, anda corriendo la tuna; —murmuraban los mal intencionados.

—¡Quién sabe! alguna desgracia; exclamaban otros más piadosos, que veían al bueno de don Nicanor, partido por el eje ó hecho añicos por las ruedas de un coche.....

—Tal vez esté preso en alguna cueva de ladrones—opinaban los más leídos, recordando muchos pasajes de éstos en las novelas que tomaban por entregas.

De pronto todos enmudecieron. Había aparecido don Canuto, el maestro de escuela, personaje autoritario y reputado como profeta en todo el barrio.

Era tan alto y flaco como su convecino don Nicanor. Su rostro enjuto y amarillo, adornado con un puñado de barbas á cada lado, indicaba la gran cantidad de bilis que elaboraba su hígado enfermo.

Su carácter era tan irascible que se sentía capaz de tomarse los dientes, en sus momentos de furia, con el mismísimo Satanás. Y sus convecinos, que sabían cómo las gustaba el maestro, ni chistaban en su presencia....

Tomó la palabra para interrogar como un augur á la cuidada doña Sebastiana. Después impartió órdenes.... Todos debían salir en busca de don Nicanor..... Entre tanto, él iría á la comisaría á dar parte.....

Y dió el ejemplo marchándose seguido por los hombres. Las mujeres quedaron en compañía de la infortunada esposa.

En aquel momento sintiéndose ruido de golpes y voces en la escalera, y á continuación se presentaron todos precedidos por don Nicanor.....

¡Cielos!... Aquel no era don Nicanor, ni cosa parecida!

Aquel era un estropajo inservible!

Venia sin sombrero, la ropa hecha una

miseria, la corbata en las orejas, la melena erizada y temblando desde los pies á la coronilla.

Todos se abalanzaron sobre él, para ver y tocar, para convencerse de que era el mismo don Nicanor, en cuerpo y alma, y no su alma en pena mendigando oraciones....

Por fin, mediante la intervención del maestro, pudo hablar.

—Señores, dijo, sepan que mi demora es por haber seguido á una muchacha....

Gran alboroto en el auditorio. Doña Sebastiana quiso pegar á su marido.

Rugió el maestro, y el orden se restableció.

Entonces, don Nicanor pudo contar que, al regresar del café á su casa, á la hora de costumbre, había seguido á una muchacha con un fin honestísimo.... el de socorrer á su infeliz madre, que estaba enferma y sin recursos.....

—¡Mentira!..... vociferó su mujer, mostrándole las uñas....

Ella desconfiaba de la sinceridad de su Nicanor, y, lo que es peor, de su fidelidad conyugal....

—¡Ya me la pagarás, ¡gran pillo!.... dijo echándole una mirada furibunda.

Don Nicanor continuó el relato, mirando á la señora Sebastiana con ojos de can sumiso.

Él, que tenía un corazón de manteca, había seguido á la muchacha, entregándole todo el dinero que llevaba en el bolsillo—dos reales que su mujer le había dado para chocolate—prometiéndole enviar unos socorros y el médico.... Después, en el camino....

—Qué....

—¡Ay! infeliz de mí.... Si me da rubor contarles lo que me pasó....

—¡Canalla! aulló doña Sebastiana, arrojando los dedos y precipitándose sobre su marido....

Luego volvió la calma. El maestro había hablado....

Á don Nicanor un color se le iba y otro se le venía....

—¡Acabáramos!..... tronó el maestro.

Don Nicanor sudaba tinta, y le temblaba hasta el levitín veide.

—Pero.... se.... señora.... si no me.... si no sé.... ¡Ay! Dios mío! qué susto sentí....

—Una fuerza indómita.... dijo uno.

—... Sentí un dolor agudo en un pie... Miro.... ¡Jesús!

Un perrillo me había cogido... Corro... Pido socorro... Tropiezo... Caigo... Huye el perrillo... Chilla la muchacha... Aparece un guardia civil... Me toma por un rapto....

—Y....

— ¡Me lleva á la cárcel!

Aquí, don Nicanor, no pudiendo resistir más, cayó de espaldas....

Cuando volvió en sí, cuenta don Nicanor mismo que doña Sebastiana le estaba pegando.

PEDRO C. MIRANDA.

MARUJA

Como en lecho de púrpura y zafiro
la aurora nace, diamantina y bella;
como nacen, en grutas de cristales,
los genios portentosos de las selvas,
así Maruja,
gentil, risueña,
nació a la vida, rebotando encantos,
en cuna de esmeraldas y de perlas.

Y un hálito de Dios, hálito suave
que descendió de la región etérea,
trayendo emanaciones de hermosura,
de candor, de virtud y de pureza,
rodeó a la niña
nítida y tierna,
é impregnóla de todos los tesoros
que conducía entre sus ondas cólicas.

Creció gallarda, majestuosa, lánguida,
con arrogancia de sultana esbelta,
con seducciones de una huri divina,
cual hoy la vemos inocente, angélica;
cual hoy la vemos,
blanca azucena
que perfumes de olímpicos incienso
aprisiona en sus pétalos de soda.

Y hora, en esquife de marfil y de oro
dando pena mortal a las sirenas,
del lago de la dicha, transparente,
surca, feliz, la superficie tersa;
hoy se levanta
radiosa estrella,
cual la luna del seno de los mares
á iluminar la adormecida tierra....

JUAN CARLOS MENÉNDEZ.

San José de Mayo.

UN CASO RARO

Á los estudiantes de derecho.

Por los alcances que pueda tener, y sin comentario, me permito hacer la presente publicación.

Mi objeto va expresado en el párrafo anterior y en el título que doy á esta pobre colaboración.

Hecha esta introducción, comienzo.

M. B., acreedor de I. P., le siguió juicio ejecutivo ante el Juzgado L. de Comercio de 2.º turno, llegando el asunto hasta citarse á las partes para sentencia de remate.

M. B. siguió todo el juicio personalmente, á pesar de haber conferido, en 22 de mayo de 1891, poder general á B. H.

B. H. sustituyó el poder que le confirió M. B., en B. F.

El apoderado sustituto se presentó, al día siguiente á la sustitución, en los autos seguidos por M. B. contra I. P., con las dos escrituras de poder y un escrito en que pedía:

1.º Se le tuviera por parte.

2.º Se aprobara la transacción que, como apoderado sustituto del ejecutante M. B., había celebrado con I. P. en virtud de la fa-

cultad de transigir contenida en el poder. Y además que se tasasen las costas, se regulasen los honorarios de su abogado y suyos, se mandase levantar el embargo, y se archivase el expediente, advirtiendo que todos los gastos serían de cuenta de M. B.

Consistía la transacción: 1.º en conceder á I. P. una espera de cinco años para el pago;—2.º en acordarle una quita de todos los intereses devengados. Esto lo hacía B. F. en virtud de la facultad, contenida en el poder, de acordar *quitas y esperas*.

I. P. firmaba también el escrito y confirmó, como B. F., ante el Actuario, lo dicho en él.

Á este escrito proveyó el Juzgado:

Vistos: de conformidad de partes y en mérito de las ratificaciones que anteceden, se aprueba en cuanto haya lugar el convenio de que instruye el presente escrito, y tasadas y satisfechas las costas causadas, archívese.

Garzón.

Tres días después de dictado este auto, M. B. se presentó al Juzgado con un escrito en que tachaba de falsa la transacción efectuada entre su apoderado sustituto B. F., é I. P., y concluía pidiendo se pasaran los antecedentes al Juez del Crimen.

Se fundaba M. B.: 1.º En que no había autorizado jamás semejante transacción, que revestía los caracteres de una expoliación para él; 2.º Que había seguido *por sí personalmente* la ejecución, hecho que demostraba á las claras que jamás había querido dar participación á su antiguo apoderado B. H., y menos aún á su sustituto B. F., cuyo poder revocaba desde ya; y 3.º que jamás había sido, ni era presumible que fuera, su intención hacer transacciones que le arruinaban.

El Juzgado dió traslado á I. P., al apoderado B. H. y á B. F., su sustituto.—I. P. no lo evacuó y; acusada rebeldía, corrió á B. H. que lo evacuó pidiendo se declarara válida la transacción, fundándose:

1.º En que al transigir y conceder quitas y esperas se había procedido cumpliendo con las instrucciones del mandante y facultades contenidas *de un modo expreso* en el poder. Que además se había ratificado lo hecho ante el Actuario;

2.º Y concluía: «El art. 166 del C. de P. Civil dispone clara y terminantemente que los procuradores ó apoderados responden á sus mandantes de cualquier falta en que incurran durante el desempeño del poder, teniendo además la responsabilidad establecida en el artículo 148 del mismo cuerpo legal, de ser responsable á su cliente de cualquier daño ó perjuicio que le sea legalmente imputable».

«De acuerdo con estas disposiciones legales aplicables al caso subjudice, si el señor B. pretende como lo afirma en el escrito en traslado que se ha hecho abuso de facultades, *que dedusca su acción en forma legal en la vía y ante quien corresponda*, etc., etc., etc.

B. F., á su vez, se expresó en estos términos:

«Señor Juez L. de Comercio:

«B. F., en los autos iniciados por M. B.

contra I. P., por cobro ejecutivo de pesos, etc., digo:

«Que nada se me puede censurar legalmente respecto de la transacción de f. 19 celebrada por mí á nombre de B., pues ella responde á cumplir las instrucciones de mi sustituyente.

«He obrado, Sr. Juez Letrado, en uso de las facultades contenidas en aquel mandato y conferidas por B. al otorgarlo y las cuales él se obligó á respetar.

«La quita y espera que he acordado á la deudora, lo he hecho en beneficio de mi poderdante, cumpliendo instrucciones que para ello había recibido y en beneficio de mi mandante.

«No ha habido, señor Juez Letrado, abuso de facultades ni cosa que se parezca; pero si él lo cree así, que inicie la acción que corresponda ante Juez competente y allí se sabrá quién es B. H. y F., etc., etc., etc.»

Recayó á este escrito:

Con calidad de para mejor proveer. Traslado á B. y autos.

Garzón.

M. B. lo evacuó en esta forma: que aparte de lo expuesto en el escrito primitivo, B. F. no tenía poder bastante para transigir. Se fundaba en que el artículo 2123 del Código Civil dice: «No puede transigir una persona en nombre de otra, sino *con su poder especial, en el que deben mencionarse LOS DERECHOS Y BIENES SOBRE QUE HA DE RECAER LA TRANSACCIÓN*». Que de aquí surge que si el poder es general y no menciona de un modo expreso los bienes y derechos objeto de la transacción, ésta no tiene valor alguno; y que como el poder sustituido por B. H. á B. F. no sólo era general sino que no contenía designación alguna de bienes y derechos, la transacción debía declararse nula.

El Juzgado resolvió:

Vistos:

Habiendo intervenido en este juicio desde su iniciación hasta su terminación B. personalmente, y siendo por otra parte perjudicial á sus intereses la transacción de f. 19, tanto por las quitas y esperas que F. concede á P. como por el levantamiento del embargo que en ella se estipula, declarase nula la transacción mencionada, y déjanse á salvo al ejecutante las acciones criminales á que tenga derecho.

Garzón.

Ni el apoderado de M. B. B. H., ni su sustituto B. F. reclamaron de este auto.

Sólo reclamó I. P., interponiendo los recursos subsidiarios de reposición y apelación, que fundaba.

1.º En que la espera y quita concedidas habían suspendido la ejecución. Que el contrato de transacción celebrado con B. F. estaba conforme con lo dispuesto por el artículo 1222 del Código Civil; y que era tan evidente esto, que había merecido la aprobación judicial.

2.º Que posteriormente á este último hecho (al día siguiente) el Juez había dictado sentencia de remate, y que, aunque habían reclamado I. P. y B. F., el Juzgado no se había dignado resolver.

3.º Que la concesión de quita y espera no podía ser anulada: a) por ser concedida por el apoderado y haberse aceptado de buena fe; b) por ser el poder en cuya virtud se obró, bastante con arreglo al artículo 160 inc. 6.º del Código de Procedimiento Civil; y c) que no se había preocupado (I. P.) de si era M. B. personalmente quien se las concedía ó su apoderado desde que estaba de buena fe.

4.º Que la proposición de concederle la quita y espera le fué hecha en el término para oponer excepciones, lo que le impidió oponerlas. Que por otra parte, si B. F. le había hecho la concesión, sería porque así convenía á su mandante.

5.º Que así como el Juzgado manifestaba que la transacción era gravosa para los intereses de B., opinaría de distinto modo si no le hubiese B. F. propuesto la transacción y la parte postulante (I. P.) dejado de oponer excepciones; y

6.º Que no incumbe al Juez averiguar si hay ó no perjuicio para las partes en la transacción, pues la Ley no le exige, llenándose las condiciones legales siempre que el poder esté conforme al artículo 160 del Código de Procedimiento Civil.

M. B. evacuó el traslado que con calidad de autos se le confirió de este escrito, reproduciendo lo dicho anteriormente.

El Juzgado resolvió:

Vistos:

Por los fundamentos del auto de fecha. . . . ppdo; y

Considerando: que cuando se presentó la transacción corriente á f. 19 ya estaban las partes citadas para sentencia:

No se hace lugar á la reposición solicitada por la parte de P., y, dada la especialidad del caso, otórgase la apelación en relación para ante el Superior con elevación de autos y emplazamiento de ley.

Garcón.

Elevado en apelación al Superior Tribunal de 2.º turno, éste dictó la siguiente sentencia:

Vistos en relación estos autos seguidos por M. B. contra I. P. por cobro de pesos, venidos en apelación que el último dedujo á f. 46 contra el auto de f. 44 dictado por el Señor Juez Letrado de Comercio de segundo turno.

Considerando: que el poder en cuya virtud fué celebrada la transacción no contenía la facultad de transigir con designación de los bienes sobre los que debía recaer, de conformidad con lo dispuesto en el art. 2123 del Código Civil.

Considerando: que la antigüedad del poder de f. 17 á que se ha hecho referencia y las circunstancias de haber intervenido el ejecutante B. personalmente en el juicio y de haber presentado la transacción en los días en que manifestaba aquél que el ejecutado no había opuesto excepciones correspondiendo en consecuencia dictar la sentencia de remate, constituyen presunciones de fraude en el supuesto apoderado F. justificando la salvedad de derechos que al respecto se hace en la sentencia.

Y por sus fundamentos:

Se confirma con costas el auto apelado y devuélvanse.

Gonzales—Álvarez—Piera.

Montevideo, Diciembre 7 de 1896.

AMBROSIO LUIS RAMASSO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

SELVA, POR DIEGO URIBE. BOGOTÁ, PAPELERIA DE SAMPER MATIZ, 1895. 1 folleto de 20 páginas sin numerar.

Este hermoso y sentido canto constituye para nosotros la más grata revelación del numen del joven poeta colombiano, si bien conocíamos ya la reputación de que goza como uno de los representantes más distinguidos de la juventud literaria de su país. El carácter de la poesía de Uribe, grave y reflexivo, recuerda el de la de un renombrado compatriota suyo: nuestro colaborador Rivas Groot, que es en sus versos tan pensador como poeta. Hay cierta semejanza de pensamiento y de estilo entre *Selva* del primero y algunas composiciones del segundo, como las intituladas *La Naturaleza y Constelaciones*, que uno de los redactores de la REVISTA NACIONAL examinó en uno de nuestros anteriores números. No queremos decir con esto que tal semejanza acuse imitación: queremos indicar simplemente la comunidad de tendencias de dos poetas que se distinguen por la importancia concedida en sus cantos al elemento ideal sobre el puramente plástico y externo. Uribe encarna, sin duda, una de las más brillantes esperanzas de la joven poesía americana. Le enviamos nuestros plácemes y le tendemos nuestra mano de amigos.

Véase un fragmento de *Selva*, como ejemplo de su robusta y noble inspiración:

Oh Selva! tú las horas de tu existencia llenas
Con el consorcio puro de aromas y de cantos,
É ignoras de los hombres las punzadoras penas
Y sus dolientes quejas y sus amargos llantos!

Oh Selva! á ti no llegan ni en tu ámbito se escucha
De la pasión el grito, tiránico y rugiente,
Ni les confusos ecos de fratricida lucha,
Ni el ay! que triste lanza la humanidad doliente.

Ni abrigas esos seres que solos y perdidos
Alentan en el mundo sin dicha ni fortuna,
Ni sienten tibios besos que acallen sus gemidos,
Ni diapachan los maternales cantares en la cuna.

Ni saben de esas celdas estrechas y sombrías
De solos y abrumados por su conciencia gimen,
Con el recuerdo vivo de sus oscuros días,
Los hijos de la sombra, las víctimas del crimen!

É ignoras que el azote de la locura existe
Y hay seres en que impera fatídica y tirana,
De cuyos labios brota, profundo, sordo y triste,
El diapasón do'iente de la miseria humana.

Ni ocultas en tu seno la envidia que se adhiere
Como áspid venenoso y el corazón acaba,
Ni la traidora mano que entre la sombra hiera,
Ni de la vil calumnía la ponzoñosa baba!

Ni tienes los cobardes que la desgracia insultan,
Ni escuchas de los viles el degradante coro,
Ni tienes esos hombres que con cinismo ocultan
La mancha del delito con el fulgor del oro!

ANEXOS AL MENSAJE DEL PODER EJECUTIVO. MAYO DE 1896. CORRIENTES, ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE BELTRAN PAGES, 1896. 1 vol. en 8.º, s. s. Col.: Port., 334 págs. y 20 cuadros.

Con este título se coleccionan los documentos anexos al Mensaje pasado por el Gobernador de la Provincia argentina de Corrientes al Poder Legislativo de la misma.

Entre los materiales comprendidos en el volumen se encuentra una interesante Memoria pasada por el Consejo Superior de Educación á la Secretaría de Instrucción Pública, en la que se ponen de manifiesto los progresos realizados en materia de educación popular, debido á los laudables esfuerzos de aquel Consejo.

Antes de dar comienzo éste á sus tareas, la organización y la administración escolares de Corrientes dejaban mucho que desear, lo mismo en lo relativo al mobiliario y útiles de los colegios, pago de sueldos, etc., que en cuanto á la dirección técnica é inspección. Obedeciendo á los propósitos que el Poder Ejecutivo de la provincia manifestó en sus últimos mensajes, en el sentido de iniciar una reacción que estableciese sobre bases sólidas la educación popular, el Consejo, al tomar posesión de su cargo en febrero de 1894, formuló su programa que tenía por puntos capitales la debida organización del personal docente; la dotación de maestros competentes á todos los pueblos de la provincia, aun los más apartados y más pobres; la fiel administración y percepción de los fondos escolares; la institución de direcciones didácticas fundamentales; la iniciación del pueblo de la provincia en las prácticas del gobierno republicano en cuanto se relacionan con la educación; la fundación de sociedades populares educativas; la creación de museos, bibliotecas y escuelas especiales, etc., etc.

Llevando á la práctica tan laudables propósitos, el Consejo Superior de Educación de la Provincia de Corrientes se ha hecho acreedor al aplauso de los que saben valorar la importancia de la noble causa de la instrucción pública en todo cuanto significa para el progreso de los pueblos.

VIDA SOCIAL. ALMANAQUE PARA EL AÑO 1897 BUENOS AIRES, EDITOR PROPIETARIO: ANTONIO M. PODESTA. AÑO TERCERO. LIT. ITALO-PLATENSE. 1 vol. en 8.º, de 292 págs.

Vida Social, de Buenos Aires, publicación que aparece bajo la dirección del caballero Julio David Orguelt, nos obsequia con un ejemplar de este ameno Almanaque.

Lo adornan excelentes grabados, entre los que se destacan los retratos de Carlos Guido Spano, Rubén Darío y otros escritores distinguidos.

En la parte literaria han colaborado los señores Guido Spano, Luis A. Morr, Máximo V. Villafañe, José Doz de la Rosa, Enrique Buttaró, Manuel Carlés, Herminio A. Nessi Monighetti, Federico A. Gutiérrez, Rubén Darío, M. A. Lancelotti, Carlos Otto Buchholz, Segundo I. Villafañe, Julio David Orguelt, Antonio Troise, Manuel B. Ugarte, Norberto Estrada, Pedro Hall, Manuel M. Oliver, Eugenio C. Noé, Luis Lobo Herrera, Joaquín Pueyo, Ernesto G. Bonifay, Sergio Iribar, Enrique Cepero, José M. Thomas,

Lino Gardelli, Libio Figueroa, Jesús A. González, Antonio C. Molina, Victorio de la Canal, Felix B. Basterra, Pedro Franceschi, Gerardo Barberán Aquino, José Cívica, Juan Julián Bernat, Luis Moisés, M. Bahamonde, Miguel Escalada, Belisario Roldán (hijo), Horacio F. Rodríguez, José Pardo, Raúl Blonche, Domingo T. González, Jerónimo Podestá, Patricio Gallo, Vicente Martínez Fontes, Raúl Noir, Ángel R. García, Rafael Calzada, J. Arnaldo Mirquez, Eduardo M. Revoredo, Domingo Sánchez y Alvarado, Eduardo Camaño, Enrique Rivera, Constanancio C. Vigil, Pedro W. Bermúdez Acevedo y otros.

HOMENAJE DE « LA ESTRELLA DE TARIJA » A LA MEMORIA DE LA MADRE DE SU DIRECTOR, SEÑORA HERSILIA O'CONNOR D'ARLACH, NACIDA EL 22 DE NOVIEMBRE DE 1832, MUERTA EL 11 DE ABRIL DE 1896. TARIJA, TIPOGRAFÍA DE « LA ESTRELLA », 1896. 1 foll., s. s., de 23 págs.

En este folleto el doctor Tomás O'Connor d'Arlach, Director de « La Estrella de Tarija », ha recopilado los discursos fúnebres, poesías y artículos necrológicos consagrados a la memoria de su virtuosa madre la distinguida matrona doña Hersilia O'Connor d'Arlach.

EDUARDO BLANCO. LAS NOCHES DEL PANTEÓN. HOMENAJE AL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO ANTONIO JOSÉ DE SUCRÉ, EN SU PRIMER CENTENARIO. CARACAS, TIPOGRAFÍA EL COJO, 1895. 1 vol. en 8.º, de 97 págs.

El señor Blanco, joven escritor venezolano, glorifica en este opúsculo la memoria del preclaro vencedor en la última jornada de la independencia americana, el General Sucre.

La obra está dedicada al distinguido escritor don Marco Antonio Saluzzo, Director de la Academia Nacional de la Historia establecida en la capital venezolana.

El señor Blanco de nuestra recomendables condiciones de escritor.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Hemos recibido por primera vez las siguientes:

La Ilustración Sud Americana. Bien conocida es esta importante publicación ilustrada, que ve la luz simultáneamente en Buenos Aires y en Montevideo, y que por la excelencia é interés de su parte artística y amenidad de su texto puede rivalizar con las buenas ilustraciones europeas.

El Adalid, de Madrid. Periódico bisemanal, consagrado a la propaganda católica.

Revista Literaria, de Tarija (Bolivia). Publicación anexa a « La Estrella de Tarija » que redacta el conocido escritor O'Connor d'Arlach.

El Bien, de Chacabuco (R. A.) Revista semanal de intereses generales cuya dirección está a cargo del señor Juan A. Lagomaggiore.

El Hogar y la Escuela—Revista destinada a la difusión de la enseñanza, que acaba de aparecer en esta capital bajo la dirección del señor Alejandro Lamas.

Los números 1 y 2 que hemos recibido dan idea de la seriedad é interés de la publicación.

Revista Jurídica y de Ciencias Sociales—Buenos Aires—De la importancia de esta acreditada Revista, que dirige el doctor don Baldomero Llerena, catedrático de Derecho Civil de la Universidad de Buenos Aires, puede inferirse por la nómina de sus redactores y colaboradores que transcribimos a continuación.

Redactores: doctor Ángel S. Pizarro, doctor Miguel Padilla, doctor Raimundo Wilmart de Glymes, doctor Manuel de Olazábal.

Colaboradores en la República Argentina: doctor Manuel Obarrio, doctor David de Tezanos Pinto, doctor Marco M. Avellaneda, doctor Estanislao S. Zeballos, doctor Mauricio Daract, doctor Eleodoro Lobos, doctor Luis María Drago, doctor Luis Ponce y Gómez, doctor Rafael Herrera Vegas (hijo), doctor Telasco Castellano, doctor Nicolás Garzón Maceda, doctor Nicolás Berroarán, doctor Emilio Matienzo, doctor Benjamín Paz (hijo), doctor Enrique B. Prack, doctor José Manuel Estrada, doctor Juan Coustau, doctor R. Usher Blanco, señor Víctor Arreguine, doctor José María Gutiérrez, doctor Ricardo del Campo.

Colaboradores en el Exterior: doctor Joao Evangelista Sayao de Bulhoes Carvalho Lente, Catedrático de Direito Romano, doctor Manoel A. de Souza Sá Vianna, Secretario del Instituto de Abogados Brasileiros, doctor Robustiano Vera, Promotor Fiscal en lo Criminal de Santiago de Chile, doctor Francisco Ochoa, de la República de Venezuela, doctor Alberto Membreño, de la República de Honduras.

SUETOS

Ha aparecido en Buenos Aires, y muy pronto estará a la venta en las librerías de esta capital, la nueva obra de Leopoldo Díaz que, anunciada por la prensa desde hace algún tiempo, era esperada con verdadero interés por los numerosos admiradores del autor de *Bajo-relieves*.

Es una colección de tres poemas cortos intitulados *Islas de oro*, *La Leyenda blanca* y *Belphegor*. La crítica argentina ha saludado su aparición con entusiasmo.

La REVISTA NACIONAL hablará en breve del libro del reputado poeta.

Nuestro apreciable colaborador José Antonio Mora acaba de publicar, por la tipografía « El Libro Inglés » del señor Schwenkel, su novela *Cosmopolita*, de la que entresacó hace algunos meses uno de los capítulos más interesantes, para ser publicado en la REVISTA NACIONAL.

Esperamos que la nueva novela obtendrá, como lo merece, los favores del público y la crítica.

Hallamos la siguiente interesante noticia literaria en un diario de Río Janeiro:

« Hace algunos días, en la intimidad de una comida de jóvenes, surgió una idea bella y simpática para cuya realización activamente se trabaja.

Se hallaban presentes el señor Eloy González, secretario de la legación de Venezuela; el señor Gamboa, secretario de la legación de Chile; el señor Rosas, secretario de la legación del Perú, y los colegas de la prensa Luis de Murat, Guimaraens Pasos y Olavo Bilac, cuando después de algunas consideraciones se decidió que el 1.º de enero del año próximo se celebre en Río de Janeiro una fiesta sud-americana con el fin de aproximarse los hombres de letras de todos los países de este continente, debiendo solicitarse el concurso y la buena voluntad de los representantes de todos los países, actualmente, en el Brasil.

La fiesta se regirá por un programa variado figurando en él un banquete de cien cubiertos y la publicación de un número único que llevará el título de « América do Sul » en el que colaborarán los hombres de letras de todas las naciones sud-americanas, poniéndose en la primera página, autógrafos de los presentes de las Repúblicas Argentina, Bolivia, Chile, Ecuador, Brasil, Uruguay, Perú y Venezuela.

Los señores González, Gamboa y Rosas se encargaron de participar esa resolución al cuerpo diplomático sud-americano pidiéndole su cooperación. Tanto esos caballeros como los miembros de la prensa que asistieron a la fiesta, han empezado los trabajos en ese sentido »

Nuestra delicada poetisa la señorita Adela Castell, cediendo a las instancias de los admiradores de su talento, se ha decidido a coleccionar sus numerosas composiciones, dispersas en revistas y álbumes, para darles la forina duradera del libro.

Víctor Arreguine tiene actualmente *en el taller* un poema de asunto simbolista, que probablemente recibirá dentro de breve tiempo el último toque de cincel, para ver la luz de la publicidad.

La redacción de la REVISTA NACIONAL recibió oportunamente la fina invitación del doctor don Alfredo Castellanos para concurrir a la simpática fiesta que, con objeto de celebrar la fundación del nuevo órgano de publicidad que dirigirá ese distinguido periodista, tuvo lugar el 29 del mes próximo pasado.

Nuestra involuntaria inasistencia a ese hermoso acto nos obliga a consignar por escrito lo que de viva voz hubiéramos formulado en él: nuestros votos más sinceros y amistosos por la prosperidad de *La Constitución* y el buen éxito de su bien inspirada y simpática propaganda.

A nuestra mesa de redacción ha llegado, con una atenta dedicatoria, el libro que con el título de « Perfiles literarios » ha dado recientemente a la publicidad nuestro inteligente amigo el joven Juan Francisco Piquet.

Razones fáciles de comprender por quien conozca la nómina de los escritores a quienes se incluye en los « Perfiles », nos imposibilitan para dar nuestra opinión sobre

el mérito de la obra. Sólo haremos constar que por parte de la prensa nacional y la argentina, se le ha dispensado un recibimiento muy halagüeño.

También es acto de justicia encomiar, como lo hacemos complacidos, la vestidura lujosa y elegante que la « Litografía Oriental » ha dado al libro de nuestro estimable colaborador.

Juan Francisco Piquet no necesita de presentación para los lectores de la REVISTA, que más de una vez han tenido ocasión de apreciar sus recomendables dotes literarias.

Para principios del próximo mes de enero anúnciase la aparición de un semanario festivo y de caricaturas, que estará bajo la dirección de Pedro W. Bermúdez Acevedo, joven escritor que ha demostrado poseer relevantes condiciones para el cultivo de la sátira.

El nuevo periódico se intitulará *La Carajada*, y colaborarán en él aventajados escritores nacionales.

Nos escriben de Francia que, por iniciativa de una comisión de ecuatorianos residentes en París, acaba de publicarse en la capital francesa una obra póstuma del insigne publicista don Juan Montalvo, uno de los más universalmente reputados entre los grandes escritores de América.

El libro tiene este título: *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. — Ensayo de imitación de un libro inimitable.*

Es un volumen de 428 páginas magníficamente impreso; le sirve de prólogo *El Buscapié*, ya publicado en los *Siete tratados*, y lleva de epígrafe esta frase: « El que no tiene algo de don Quijote, no merece el aprecio ni el cariño de sus semejantes. »

—Rubén Darío, el pontífice del modernismo americano, publicará muy en breve una selecta colección de sus versos, que llevará el nombre de *Frosas profanas*, y que obtendrá sin duda la misma entusiasta acogida que ha merecido por parte de los inteligentes su última obra de crítica *Los Raros*.

—Un animado movimiento de publicidad se hace sentir dentro de la nueva generación literaria americana. — Isafas Gamboa, el conocido poeta salvadoreño, ha dado a luz una recopilación de sus poesías, que intitula *Horas de Otoño*. El libro forma parte de la importante *Biblioteca de El Fígaro* que dirigen el mismo Gamboa, Arturo Ambrogio, Víctor Jerez Solórzano, y otros representantes distinguidos de la joven literatura del Salvador.

—Díaz Rodríguez, el brillante escritor venezolano cuyas *Sensaciones de viaje* han merecido tan general aplauso, tiene en prensa una nueva obra que se titulará *Confidencias de Psiquis*.

Así nos lo anuncia un periódico de Venezuela, donde también hallamos la noticia de que las *Sensaciones de viaje* han sido premiadas por la Academia correspondiente de la Española en aquella República.

—Nuestro colaborador el inspirado poeta colombiano Abraham Z. López-Penha, de quien en el presente número publicamos una lucida composición, nos anuncia que

prepara actualmente una novela que cree poder dar a la publicidad dentro de breve tiempo.

—El conocido escritor peruano Manuel Nemesio Vargas ha dado a luz recientemente una traducción castellana de la *Emilia Galotti* de Lessing; traducción que el eminente poeta español Gaspar Núñez de Arce juzga de la manera más honrosa para el señor Vargas, en carta dirigida al mismo.

Para los admiradores del talento de Huysmans, el autor insigne de *La Bas y A van-l'Eau*, tienen interés las siguientes confidencias que sobre sus nuevos proyectos literarios ha hecho el gran novelista francés a nuestro distinguido colaborador Enrique Gómez Carrillo; confidencias que encontramos en carta dirigida por éste a un periódico de Caracas.

« Aún no he comenzado a escribir la continuación de *En route*; pero ya la tengo casi concluida en el pensamiento y apenas me faltan algunos documentos, muy pocos, los menos importantes, para principiar a darle forma. Yo no trabajo como mis colegas en general; mis libros son verdaderos estudios, estudios pacientes y enormes; colecciones de casos psicológicos, analizados con conciencia y unidos lógicamente en intrigas sin interés exterior. Para confeccionar *La Bas* tuve que leer, que descifrar, que traducir una ininidad de libros sobre el ocultismo en la Edad Media; tuve que ponerme al corriente del satanismo moderno, verlo todo con mis propios ojos y buscar manuscritos ignorados en los cuales nuestros contemporáneos ocultistas han anotado los misterios del culto parisiense; además tuve que reconstituir la historia de Gil de Retz, Barba Azul, trabajándolos en los archivos. *En route*, la segunda parte, también me costó mucho, muchos meses, algunos años, de labor preparatoria, de estudios penosísimos sobre el canto sagrado, sobre la vida de los conventos, sobre los místicos antiguos, sobre los rituales religiosos y sobre el carácter íntimo del clero. La tercera parte que ahora preparo se titulará *La Catedral* y será una obra relativa a las iglesias góticas de Francia y a la influencia que la arquitectura, la pintura y la escultura ejercen en un alma atormentada como el alma de Durtal.

» La música no bastó a Durtal para convertirse por completo. La acción de *La Catedral* no será sino un paso más en el camino de esa conversión, casi nada como fábula exterior; todo sucederá *adentro*, en el alma del héroe. Ya verá usted... Durtal, al salir del convento de Trépanes, va a pasar algunos días en Chartres para visitar a su amigo el arzobispo; la vida provincial de una ciudad, tranquila, sin comercio, sin obreros casi, produce en su corazón un gran alivio; luego la gran iglesia de la ciudad, que sin duda es la más bella y la más pura joya del arte gótico, le seduce por completo; al cabo de algún tiempo de meditaciones y de contemplaciones, vuelve al claustro; pero no pronuncia aún sus votos definitivos... eso será en el otro libro, en el cuarto de la serie, en *El Oblato*. Ya ve usted, pues, que

en *La Catedral* no hay movimiento ninguno de personajes; el escenario no me costará mucho desvelos, cuatro ó seis meses de labor a lo más. Lo que sí me costó trabajo, mucho trabajo, fué descubrir en las páginas antiguas sobre el arte, y en los lienzos mismos de la Edad Media, el estudio simbólico de los colores empleados por los artistas primitivos. Antiguamente cada matiz representaba una idea ó un sentimiento. Y fíjese usted en los cuadros de Fra Angélico: todos son color de rosa, blancos, verdes, pero nunca son morados ni grises, porque estos colores representan imágenes diabólicas, imágenes de dolor y de exorcismo... Ya verá usted mi libro; creo que mi estudio es completo y en todo caso estoy seguro de que es profundo y sincero, sobre todo sincero... ya lo verá usted... »

En nuestro próximo número daremos un extracto de las cartas que han sido dirigidas al señor Francisco Sáinz Rozas, autor del drama *Fatalidad*, por los señores doctor don Julio Herrera y Obes, don Enrique Kubly y don Nicolás Granada, manifestando el juicio que les ha merecido aquella producción dramática, de la que la REVISTA NACIONAL ha dado a conocer una escena.

El señor Carlos M. Maeso, conocido escritor cuyos artículos de costumbres firmados con el pseudónimo de « Máximo Torres » son tan generalmente estimados, prepara actualmente una obra descriptiva de nuestro país. Del vasto plan de esta obra puede dar idea el siguiente sumario de los tópicos que se tratarán en ella:

Las razas primitivas del país — Descubrimiento del Río de la Plata — Yandubayo y Liropeya — Invasiones inglesas — Luchas por la Independencia — Cronología de los Cabildos — La espada de Artigas — 19 de abril de 1825 — Profecía cumplida — Piedra Alta — Escudo y banderas nacionales — Himno Nacional — La carta fundamental — Fundación de Pueblos — Efemérides Nacionales — 15 Las grandes batallas — 16 El primer buque a vapor que surcó las aguas del Plata — Monumentos públicos — Las calles de Montevideo — Abolición de la esclavitud — La primera moneda nacional — Nómina de los Jefes del Estado — Aniversarios que festeja la República — Descripción del establecimiento Liebig — Exposiciones — Extensión territorial de la República — Ríos de la República — Minerales — Árboles y plantas — Fauna — Poblaciones — Descripción de Montevideo — El Cerro de Montevideo — Descripción de los Departamentos — Riqueza del Estado — Ferrocarriles y tranvías — Telégrafos y teléfonos — Rentas — Finanzas — Comercio — Industrias — Ganadería — Agricultura — Educación — Ejército y armada — Puertos y navegación — Instituciones de crédito — Prensa — Faros — Culto — Ciencias — Bellas Artes y Letras — Situación de los extranjeros en la República — Rasgos biográficos de algunos próceres de la Independencia.